29

Aberrabó

Q



ABENABÓ.



Galeria dramática Gaditana.

ABENABÓ.

Drama histórico,

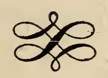
original, en tres actos y en verso,

POR

Francisco Sanchez del Arco.

SIGUE A ESTA OBRA

un Juicio crítico de Adolfo de Castro.



CADIZ.

IMPRENTA, LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DE LA REVISTA MÉDICA,
á cargo de D. V. Caruana,
PLAZA DE LA CONSTITUCION, N.° 11.

1847.

Los corresponsales de la imprenta, librería y litografía de la Revista Médica son los autorizados para cobrar el derecho de representacion.

AL SEÑOR

DON JUAN JOSÉ DE DORRONZORO,

Doctor en Leyes, y Abogado de los Ilustres Colegios de Sevilla y de Cádiz.

Cuando por mis opiniones políticas me ví en 1843 á punto de ser muerto; y fui vejado, preso é incomunicado; usted, arrostrando graves peligros, me salvó del furor de mis contrarios, presentándose desinteresadamente en mi defensa ante las autoridades y los tribunales de justicia. En prueba de mi gratitud, reciba, amigo mio, la dedicacion de este drama, que no tiene de bueno otra cosa que llevar á su frente el recomendable nombre de usted.

El autor.

PERSONAJES.

DIEGO LOPEZ: Abenabó entre los moriscos. (1)
DON JUAN DE AUSTRIA. (2)
ZAHARA. (3)
ZAIDA.
DON LOPE DE FIGUEROA. (4)
DIEGO ALGUACIL: Benaguacil entre los moriscos. (5)
HABAQUI, Capitan morisco. (6)
MENDOZA, Capitan cristiano.
CUBAYAS.
UN CABALLERO MORO.

Guerreros moriscos y cristianos; jueces moros del palenque, reyes de armas, mujeres, bailarinas, músicos y pueblo morisco.

La escena en Galera, pueblo de las Alpujarras; 6 y 7 de Febrero de 1570. (7)

ACTO PRIMERO.

La decoracion representa lo interior de las murallas de Galera: al frente puerta que da al campo: en lo alto del muro dos estandartes (8) y centinelas. Mucha gente de armas: unos duermen, y otros pasean.

ESCENA I.

BENAGUACIL *en lo alto del muro: toma la escopeta á uno de los centinelas.*

BEN. Mucho se acercan al muro.
(*Dispara.*)
Dentro. Arma! arma!
Fuera. Guerra! guerra!
BEN. Los viste? Se han ocultado
(*Al centinela.*)
velozmente tras las peñas.
Dentro. Al muro!
MORISCOS. Vamos al muro!...
(*Saliendo mas moriscos.*)
Fuera. Arma! arma! (*Cajas.*)

Dentro. Guerra! guerra! (*Clarines.*)
(*Los moriscos van á subir al muro.*)

ABEN. Detenedse.

TODOS. Abenabó!

ESCENA II.

Dichos y ABENABÓ.

ABEN. Qué nuevo riesgo nos cerca?
¿Han asaltado tal vez
los cristianos á Galera?

BEN. No, Abenabó. (*Desde el muro.*)

ABEN. Pues entonces
¿por qué con tanta violencia
precipitados correis?

BEN. De dos personas que intentan
ocultas llegar al muro,
he querido la insolencia
castigar.

ABEN. Eran cristianos?

BEN. No lo sé: de la maleza
salir las ví; y como el alba
aun no alumbra, conocerlas
me ha sido imposible.

ABEN. Ven,
Benaguacil, que me alegran
adalides como tú,
de valor y de prudencia.

BEN. Invicto rey, ¿quién aquí
(*Bajando del muro.*)
por tu persona no vela?

ABEN. Eso y mas se necesita

en la nunca vista empresa,
que sostenemos en contra
del poder de España entera.

BEN. Sabe Alá que no el valor, (*Aparte.*)
sino que el miedo me alienta.

ABEN. Ante los demás guerreros
que juntos aquí se encuentran,
y que en denuedo bizarro
no hay ninguno que te esceda,
debo yo, Benaguacil,
como justa recompensa
de tu valor y virtudes
darte los brazos. (*Le abraza.*)

BEN. Quien premia
con lazos tan generosos
á un vasallo, mas estrecha
los vínculos ya jurados
de la mas justa obediencia.
Y porque veas que mi boca
vil no te adula, aquí observa
de tus valientes soldados
la alegría; porque cuentan
que en mí los premias á todos.
No los ves? ¿Quién no desea
gritar... viva Abenabó?

TODOS. Viva!

ABEN. Las voces aquesas
mi pecho, guerreros mios,
de gratitud enajenan.
Ellas el puro entusiasmo
que me profesais revelan,
tambien haciendo imposible
la pérdida de Galera.
Mas no debemos con voces
avisar á los que acechan

el momento de vencer
nuestra heróica resistencia.
Marche cada cual al puesto
que le toca de defensa,
que á su lado me tendrá
cuando empiece la pelea.
(*Los moriscos se van por distintas partes, menos dos esclavos que acompañan de lejos á Abenabó: Benaguacil se queda.*)

ESCENA III.

ABENABÓ *y* BENAGUACIL..

ABEN. ¿Por qué tú, Benaguacil,
contra el mandato te quedas?
BEN. Tengo que hablarte.
ABEN. Pues dí.
BEN. Perdona á mi humilde lengua
si con discurso importuno
incomodarte pudiera.
ABEN. Incomodarme!... ¿Tú ignoras
lo que mi amistad te aprecia,
no como rey que te manda,
sí como amigo que anhela
ocasion en que mostrarte
su solicitud sincera?
Habla, dí, ¿qué te sucede?
BEN. Rey Abenabó, es estrema
la pesadumbre que aflige
mi pecho; que si no cesa,
muerto de amores verásme
bajar rodando á la huesa.
ABEN. De amores?

BEN. De amores, sí.
Qué te suspende? ¿O es que fuera
un imposible el que amara
un moro de mi braveza?
Pues por mi amor, por mi amor;
por esta pasion intensa
que en mi pecho ha despertado
la mas despiadada guerra;
por este amor, todo fuego,
todo incendio, todo un Etna,
tan solamente he luchado;
no por la ley del Profeta...

ABEN. Calla: silencio.... (*Receloso.*)

BEN. ¿No sabes
quién despertó en mí la idea
de derribar de su trono
al valiente Aben-Humeya?
El amor. Por él fingí
de Muley la firma y letra,
formando la aleve carta,
que presentamos por prueba
á la morisma irritada
contra la traicion supuesta... (9)

ABEN. Si nos oyen....

BEN. Fué mi amor
quien colocó en tu cabeza
esa envidiada corona
que entre nosotros ostentas.
Sí; el amor causó mis celos,
mis celos con furia estrema,
mis deseos de venganza:
mi venganza el que fingiera
la carta; carta que hizo
que á la tumba descendieran
como traidores y aleves

Carime y Aben-Humeya. (10)
Mira si es grande mi amor.

ABEN. Benaguacil...

BEN. No, no temas,
que nadie observa.

ABEN. Con todo...

BEN. No hay motivo de sospechas.

ABEN. Y bien, qué quieres?

BEN. Qué quiero?
La llama calmar funesta
que sin piedad me devora.
Qué quiero? Vivir siquiera
con un amor que he regado
de reyes con sangre escelsa.

ABEN. Y cómo?

BEN. Dándome al punto
por esposa á Zahara bella.

ABEN. A Zahara has dicho?

BEN. A la misma,
que tirana me desdeña,
obligándome á que sufra
mil desventuras acerbas.

ABEN. A Zahara, cuando la adoro (*Aparte.*)
con loca pasion y ciega,
el insensato me pide!...

BEN. ¿Por qué en silencio te quedas,
si te suplico un remedio
para el mal que me atormenta?

ABEN. Benaguacil, tú bien sabes
cuanto Abenabó te aprecia
por importantes servicios,
por fieles correspondencias,
por nunca vistos favores,
por sin iguales finezas
que para siempre en mi pecho

han de quedar mas que impresas.
Mas sabes tambien que á Zahara
otros mas moros obsequian
con rendimientos galanes,
porque Zahara es rica y bella,
siéndolo tanto, que admira,
y la dicen de estas Sierras
la soberana de amores,
sin que admita competencia.

Ben. Bien lo sé, porque es mi muerte.

Aben. Si mi autoridad la ordena
entregar á tí su mano,
á despertar viva guerra
voy de venganzas y celos,
entre todos los que esperan
mirar con ella pagadas
mil victorias y proezas.
Así, me parece, amigo,
que la prudencia aconseja
que yo primero le diga
esa tu pasion estrema,
por si hablándola por tí
tus rendimientos acepta.

Ben. No, no, porque dura é ingrata
mi fina pasion desprecia.

Aben. Sin embargo, la hablaré:
quizá á mi súplica ceda;
y si nó, ya que valiente
entre los moros descuellas,
no habiendo nadie rendido
en campo alguno tu diestra,
he de convocar á todos
los que disputarla quieran,
para que en palenque abierto
lucha por ella sostengan.

Entonces sin duda alguna
tuya será Zahara bella,
porque nadie á disputarla
contigo habrá que se atreva.

(*Habla brevemente con uno de los esclavos que estan apartados, el cual se va.*)

BEN. (Fortuna, por fin me miras
con cara mas halagüeña.)

ABEN. De esta manera consigo
que galardon Zahara sea
del moro que mas valiente
en la liza la defienda.

BEN. Me has dado la vida: manda
que este esclavo por tí muera;
que como tú se lo ordenes,
alma y vida por tí entrega.
Será mia, sí: no hay nadie
que disputármela pueda:
en el palenque, en el campo,
de cualquier modo y manera
por ella daré la sangre
que circula por mis venas;
y por ella moriré,
que morir por ella es deuda.
Apenas tanta ventura
pudiera creer; apenas,
aunque lo miro, lo creo.
Rey de los moriscos, deja
que bese humilde tus plantas
de mi gratitud en prueba.
(*Se arrodilla.*)

ABEN. Levanta, Benaguacil,
que hácia aquí ya Zahara llega
segun la llamé.

BEN. ¡Es mi Zahara!...
(*Mirándola.*)

ABEN. Déjame solo con ella.
BEN. Te obedezco, y reflexiona
que en tus manos, señor, queda
mi ventura ó mi desdicha,
mi vida ó mi muerte cierta. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ABENABÓ *y* ZAHARA *que viene acompañada de Zaida y del esclavo con quien habló Abenabó antes: estos quédanse retirados.*

ABEN. Qué hermosa!... Como la aurora
(*Yendo á recibirla.*)
que lágrimas de las flores
enjuga cuando las dora,
tal de mi amor los rigores
aliviais aquí, señora.
ZAHARA. No me llamásteis?
ABEN. Sí á fe;
que en mi desventura rara
para hablarte te llamé.
ZAHARA. Pues decid.
ABEN. ¿Y cómo, Zahara,
cumplir mi intento podré?
¿Cómo esplicarte el afan
con que frenético y ciego
te adora un moro galan,
cuando otro moro en el fuego
se abrasa de tu volcan?
Son dos moros, dama bella:
dos girasoles que miran
al astro por que suspiran:
dos imanes que tu estrella

buscando constantes giran.
De moros tan bien servida
uno debes elegir,
faltando, hermosa, decir
á cual le otorgas la vida,
á cual le mandas morir.

ZAHARA. Qué escucho? (*Aparte.*)

ABEN. En su amante empeño
no esperan mas que tú ordenes
vida ó muerte....

ZAHARA. (*Aparte.*) Esto es un sueño!
Señor!... (*Turbada.*)

ABEN. Mi Zahara, ¿qué tienes?
No muestres turbado ceño;
que el un moro que entre mil
de amor, cediendo á la ley,
pide tu mano gentil,
es....

ZAHARA. Quién es?

ABEN. Benaguacil.

ZAHARA. (¡Oh Dios!) Y el otro?

ABEN. Tu rey.

ZAHARA. Vos?

ABEN. Yo mismo. Tantos son,
hermosa morisca, y tantos
tus grados de perfeccion,
que no hay ningun corazon
que resista á tus encantos.
Como el águila feliz
reina entre pintadas aves,
y en el florido tapiz
por sus aromas suaves
es la rosa emperatriz;
como por ser mas brillante

entre perlas tantas bellas
es preferido el diamante;
y preside á las estrellas
el lucero rutilante;
y como el Sol que del dia
el claro dominio abarca,
es el centro de alegría,
y de cuanto el mundo cria
padre, señor y monarca;
tal avasallas las flores,
tal las estrellas dominas,
tal mandas los ruiseñores,
y altiva tal iluminas
entre rubís brilladores;
siendo, Zahara, por hermosa,
por ese iman hechicero
con que nos cautivas, diosa,
estrella, Sol y lucero,
águila, diamante y rosa. (11)

ZAHARA. Desgraciada! (*Aparte.*)

ABEN. Y considera
cuál no será mi tormento,
mi angustia, la lucha fiera
que con ímpetu violento
me aflije de esta manera;
cuando yo mismo á un rival
como tu labio lo pida,
cedo el águila caudal,
doy la rosa apetecida,
el diamante sin igual,
la estrella de mi ventura,
el lucéro de mis ojos,
y el Sol que tantos enojos
vence de la noche oscura
de mi vida, toda abrojos.

ZAHARA. Lisonjas dejad.

ABEN. No son
lisonjas, morisca bella,
sino la tierna querella
de un amante corazon
á quien el hado atropella.
Qué respondes?

ZAHARA. No sé yo....

ABEN. Mi desengaño ya toco.... (*Aparte.*)
Benaguacil tal vez?...

ZAHARA. No.

ABEN. No? qué dicha!! ¿Abenabó
entonces podrá?...

ZAHARA. Tampoco.

ABEN. Tampoco? (Yo desvarío.) (*Aparte.*)

ZAHARA. Infeliz!! (*Aparte.*)

ABEN. Zahara, ¿será
que algun otro moro impío
la esperanza al pecho mio
robarle quiera quizá?
Díme su nombre.

ZAHARA. Señor!...

ABEN. Su nombre.

ZAHARA. ¿Se manda acaso
á un pecho que arda de amor?...

ABEN. Cuando en tu llama me abraso
¿he de sufrir tal rigor?
No, morisca, que no es bien
que los estremos padezca
de un infundado desden....

ZAHARA. Señor!... (*Suplicante.*)

ABEN. No: serás de quien
por su valor te merezca.
Y de cuanto aquí has oido,
para todos sepultura

sea tu pecho. Has entendido?
Guárdete Alá. (Tu hermosura, (*Ap.*)
Zahara, de amor me ha perdido.)
(*Vase con los esclavos.*)

ESCENA V.

ZAHARA *y* ZAIDA *que se acerca, quedando junto á Zahara cuando esta acabe los versos siguientes.*

ZAHARA. Lágrimas, salid corriendo
por entre flores y fuentes,
y el rigor que estoy sufriendo
á las hojas y corrientes
id, mis lágrimas, diciendo.
Y no pareis hasta dar
en el mar,
lágrimas que no pudisteis
tanta dureza ablandar. (12)
Mis ojos ¡ay! darán señas
del mal que en el pecho siento,
pues con empeño violento
harán en las duras peñas
mis lágrimas sentimiento.
Corred, corred hasta dar
en el mar,
lágrimas que no pudisteis
tanta dureza ablandar.
Y si la mar, tierna flor,
clara fuente y peña dura,
con nunca visto rigor
no sienten la desventura
en que muero de dolor;
volved al pecho á aumentar

mi pesar,
lágrimas que no pudisteis
tanta dureza ablandar.

ZAIDA. Dad al llanto, mi señora,
y á tanto suspiro tregua,
que las lágrimas marchitan
y como el ábrego secan
la hermosa encendida flor
del rostro que en surcos riegan.

ZAHARA. ¿Y cómo, Zaida, dejar
puedo el llanto que me anega,
cuando enemiga la suerte
por todas partes me cerca
con mil y mil sinsabores,
y penas tristes y acerbas?
Llorar, sí, solo el llorar,
Zaida, en el mundo me queda;
que el llanto siquiera el filo
bañar podrá de la flecha
que inclemente y rigurosa
hasta el corazon penetra.

(*Salen por la derecha del foro, dirigiéndose á la izquierda del escenario, D. Juan de Austria y D. Lope de Figueroa, vestidos á la morisca.*)

ZAIDA. Mirad.

ZAHARA. Qué?

ZAIDA. Que silenciosos
dos moros aquí se acercan.

ZAHARA. Vamos: no es bien que me encuentren.

(*Vanse despacio cubriéndose los rostros y pasando por junto á D. Juan y D. Lope.*)

ESCENA VI.

D. JUAN *y* D. LOPE.

LOPE. Es capricho el de su Alteza....
D. JUAN. No Alteza, que el tratamiento
no ha pasado de Escelencia. (13)
LOPE. Lo mismo da; voto á Dios!
que no hay duda que merezca
decirse Alteza quien sabe
acometer esta empresa.
D. JUAN. ¿No ves allí dos mujeres?
LOPE. Sí las miro.
D. JUAN. Será ella?
LOPE. Quién es ella?
D. JUAN. Una morisca
hermosa como una perla,
que me han dicho que estos muros
haciendo de concha encierran.
LOPE. Perdone si le rebajo
una parte de la Alteza;
pues juro á Dios no es prudente
que un príncipe aquí se pierda
por una morisca.
D. JUAN. Lope,
no sé si seguirla.
LOPE. Fuera
una locura, Don Juan.
D. JUAN. Acaso, amigo, recelas?....
LOPE. Qué recelar? Tengo alientos
para destrozar entera
una legion de demonios,
ó moriscos, que es idéntica

la comparacion: mas pienso
que las amantes proezas
son propias de las ciudades,
no de los campos de guerra.

D. JUAN. Es muy cierto.

LOPE. Aun sois muy jóven,
señor don Juan: mas prudencia
reclama de vos el cargo
de nuestro gefe. Y si fuera (14)
para empeños militares,
no hay duda que en competencia
de vos y de todo el mundo
á vuestro lado viniera.
¿Pero por ver una dama?
No digo que no os parezca
muy hermosa: ¿mas merece
que un príncipe de sus prendas,
venciendo tantos peligros
hasta aquí atrevido venga?
¿Y si el tiro que del muro
nos dispararon acierta?

D. JUAN. Callad.

LOPE. Juro á Dios! ¿No digo
que estos niños?... *(Aparte.)*

D. JUAN. Con cautela
examinemos despacio
de estos muros la defensa.

LOPE. Qué meditais?

D. JUAN. Ver si ofrecen
ocasion á una sorpresa.

LOPE. Guapo, Don Juan! Ya creia
que por esa mora bella
venido hasta aquí habiais.

D. JUAN. No tal: confieso que al verla
me ha inspirado una aficion

estremada; mas no es ella
el motivo que me obliga
á acometer esta empresa.
La gloria, la sed de gloria
es lo que solo me alienta.

LOPE. Silencio! (*Rumor.*)

D. JUAN. ¿Cuántos soldados
tienes listos?

LOPE. Dos docenas
de mi tercio de leones.

D. JUAN. Quiénes serán los que llegan?
(*Se retiran á un lado.*)

ESCENA VII.

Dichos, HABAQUÍ *y* BENAGUACIL: *van llegando muchos moriscos hasta formar un grupo.*

HABAQ. Eso es cierto?

BEN. ¿Por ventura
debo esperar no se crean
mis palabras? Convocada
está la morisma entera
en este sitio, que el Rey
hablar con toda desea.

HABAQ. Bien, en el estrecho apuro
en que se encuentra Galera,
necesita que adoptara
Abenabó alguna estrema
resolucion; que de no,
el hambre, peste y miseria
habrán de acabar con cuantos
en estos muros se encierran.

VARIOS. El Rey! (*Anunciándolo.*)

TODOS. El Rey!
BEN. (Ay fortuna! (*Ap.*)
¿conseguirás lo que anhelas?)

ESCENA VIII.

Dichos y ABENABÓ: D. JUAN *y* D. LOPE *entran y se confunden en los grupos.*

ABEN. Moriscos: vuestra constancia,
vuestro valor y braveza,
ese arrojo con que al mundo,
que entusiasmado os contempla,
dando lecciones estais
de cómo la ley suprema
del Profeta se defiende,
necesitan recompensa.
Ya que Rey me proclamasteis
en el centro de estas breñas,
y que cercado de inmensos
peligros, solo la guerra,
y no la paz y descanso
de mi calidad escelsa,
he probado: ya que solo
privaciones y miserias,
duelos, horrores y llantos,
y cien heridas sangrientas
he sufrido; nada tengo,
nada, moros, con que pueda
satisfacer generoso
vuestras heróicas proezas.
Con todo, moriscos mios,
os ofreceré una prenda
tal, que el bravo que la gane
ha de encontrar satisfecha
toda su ambicion.

BEN. (Yo muero!) (*Ap.*)
ABEN. ¿Quereis saber lo que sea?
HABAQ. Dílo, Rey.
ABEN. Pues atended.
(*Se acercan los moros.*)
Es la máno de una bella.
UNO. El Rey viva!
TODOS. Viva!
VOCES LEJOS. Viva!
ABEN. El moro que la defienda
en un público palenque
ese, guerreros, la obtenga.
BEN. Y yo desde ahora soy
de aquesa batalla abierta
el mantenedor, pues nunca
ha consentido mi diestra
que la aventaje ninguno
defendiendo una belleza.
D. JUAN. Es bravo Benaguacil.
(*Ap. á D. Lope.*)
LOPE. Aquí entre tanto babieca.
(*Ap. á D. Juan.*)
ABEN. Y para evitar reparos
y miramientos que tenga
algun guerrero, permito
poder la cara cubierta
llevar con un antifaz
al que se presente. Resta
que el nombre de esa hermosura
os revele. Es Zahara!!
D. JUAN. Es ella!!
VARIOS. Zahara!!
OTROS. Zahara!! (*En confuso rumor.*)
ABEN. Sí, moriscos:
esa hermosura suprema,

que prende los corazones
con hechizadas cadenas,
del mas valiente guerrero
galardon y premio sea.

HABAQ. Con que, Rey Abenabó,
(*Abriéndose paso por entre los moriscos.*)
¿se repiten las escenas
que hicieron en otro tiempo
que Granada se perdiera?
¿Con que de nuevo aparecen
las bárbaras competencias
de Zegrís y Abencerrajes,
de Gomeles y Venegas?
¿Con que se engendran de nuevo
los odios, sañas, violencias,
que autorizó de Boabdil
la degradante flaqueza?
¡Y cuándo, cuándo, Alá santo,
tales males se presencian!...
Cuando iracunda la muerte
por instantes roba....
(*Suena un clarin.*)

ABEN. Cesa.

BEN. Suena un clarin?

ABEN. Sí.

BEN. Corramos
al muro.

MOROS. Corramos.

LOPE. (*A D. Juan.*) Desta
no queda ningun herege.

VARIOS. Un parlamento!
(*Detiénense los moriscos.*)

OTROS. Ya entra.

(*Abren la puerta de en frente y entra un capitan castellano con los ojos vendados.*)

LOPE. Mas, don Juan... (*Ap. á don Juan.*)
D. JUAN. (*A don Lope.*) Es que dejé
esta embajada dispuesta
para dar mas confianza
á nuestro enemigo.
LOPE. Muestras
ser quien eres; mas reparo
que si los moros se entregan...
D. JUAN. Que se entreguen: yo deseo
que mas sangre no se vierta.

ESCENA IX.

Dichos y el CAPITAN CASTELLANO.

ABEN. ¿Quién para entrar hasta aquí
te ha concedido licencia?
CAPITAN. Y quién su voz me dirige?
ABEN. Abenabó.
CAPITAN. Pues ordena,
para que yo te responda,
que me quiten esta venda.
(*Abenabó hace una seña, y un morisco la quita.*)
LOPE. Es el capitan Mendoza? (*A don Juan.*)
D. JUAN. Sí: es valiente! (*A don Lope.*)
LOPE. (*A don Juan.*) Es una fiera!
CAPITAN. Entré hasta aquí, porque hablé
con los moros de la puerta
haciéndoles ver que urgia
que mi embajada supieras:
accedieron, y prosigo
cumpliendo con mi encomienda.
El príncipe don Juan de Austria,
no queriendo echar por tierra
las murallas de esta villa,
sin probar de la clemencia

el último esfuerzo, os dice
que minada está Galera
por dos parajes : que al fuego (15)
se seguirá una sangrienta
matanza; que aun anhelando
que mas sangre no se vierta,
os convida con la paz :
y que si cuando anochezca
los emisarios que arreglen
las condiciones de entrega
no han ido al campo cristiano,
pondrá á las minas la mecha
y no quedará, moriscos,
una piedra sobre piedra.
Esto me encarga que os diga,
y que las espaldas vuelva. (*Vase.*)

ESCENA X.

Dichos menos el Capitan.

Ben. y varios. Qué insolencia!
(*Queriendo seguir al capitan.*)
Lope. Vive Dios!
(*Yendo á precipitarse sobre Benaguacil.*)
Aben. Dónde vais? (*Deteniendo á los moros.*)
D. Juan. Don Lope, espera.
(*Sujetándolo.*)
(*Los movimientos de don Juan y don Lope no han de ser vistos de los moriscos.*)
Habaq. Lo ves? lo ves? (*A Abenabò.*)
Aben. (*Irritado.*) ¿Y qué quieres
decirme? Responde apriesa.
Habaq. Lo que te quiero decir
es, que mires estas cuevas

que de gente sin ventura
y de enfermos están llenas;
y ser las cosas llegadas
á situacion tan estrema,
que si todos no se dan
de don Juan á la clemencia,
serán muertos, destruidos,
sin que salvárseles pueda;
y haciéndolo quedarán
libres de tan gran miseria. (16)

ABEN. Cómo, Habaquí?... (*Airado.*)

HABAQ. No te enojes.

ABEN. Oh rabia!!

HABAQ. Todos desean
la paz.

LOS MOROS. Sí, la paz.

OTROS. La paz.

(*Rumor entre los del pueblo, y despues sumo silencio, observando todos á Abenabó. Este queda suspenso, y tornando la ira anterior en ironia, dice:*)

ABEN. Pues si una paz que os afrenta
deseais vosotros... bien...
no me opongo... no... Suceda
lo que vosotros querais,
aunque nos cubra de mengua.
Los emisarios, que vayan
de don Juan al campo, sean
uno tú, buen Habaquí,
que solícito te muestras
por acabar los estragos
y conflictos de esta guerra;
y el otro... no...

BEN. Yo seré.

ABEN. Siempre el primero. Mas esta

embajada no saldrá
de los muros de Galera
hasta que ya terminado
haya la liza dispuesta.
Primero Zahara, y despues
suceda lo que suceda.

D. JUAN. (Qué os parece?) (*A Lope.*)

LOPE. (Que está loco.)

(*Vase Abenabó con Benaguacil: los moriscos se enojan con las últimas palabras de Abenabó, y quieren seguirle tumultuosamente: Habaquí los detiene.*)

ESCENA XI.

Dichos menos ABENABÓ *y* BENAGUACIL.

HABAQ. Dónde vais? Tened sujeta
esa indignacion, moriscos,
que la voluntad suprema
de un monarca, todo moro
ciegamente reverencia.
Tan solo cumple el pedir
á Alá lo que mas convenga,
elevando nuestras preces
hasta su mansion escelsa.

(*Híncanse todos los moros, mirando hácia Oriente. Suena la música.*)

LOPE. Don Juan!...

D. JUAN. Qué quereis?

LOPE. A tanto
no alcanza mi resistencia.
Yo no doblo la rodilla
si el mismo infierno se empeña,

sino á mi Dios y á mi Rey:
antes me tronchen las piernas
que consentir, voto á brios!...

D. JUAN. Bien, Lope: vamos.

LOPE. Y apriesa.

(*Vanse.*)

Plegaria.

UNA VOZ. En tan duro y tan fiero quebranto
Ten piedad de tu pueblo, Alá Santo.

CORO. Ten piedad.

VOZ. Ten piedad de tu pueblo creyente,
Que hasta el polvo abatida la frente
Se encomienda á tu inmensa bondad.

CORO: Ten piedad.

UN NIÑO. Del infante al amargo gemido...

UNA MÒRA. De la madre al acento sentido...

UN ANCIANO. Del anciano á la débil edad...

CORO. Ten piedad.

VOZ. Tu poder que el Profeta sustenta,
Al Cristiano triunfar no consienta,
Ni su ley sustituya al Corán.

CORO. Y en tan duro y tan fiero quebranto,
Ten piedad de tu pueblo, Alá Santo.

VOZ. Ten piedad.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Palenque en una plaza: al frente un obelisco cubierto con cortinas, que se descorrerán á su tiempo. A la derecha, el tablado para los jueces: á la izquierda, la entrada al palenque: dos balcones ó miradores, uno para Zahara y damas que la acompañan, y otro para los músicos; ambos con cortinas que se descubren cuando se dirá. Mas cerca del escenario y á derecha é izquierda dos tiendas, para el mantenedor del campo y para el combatiente.

ESCENA I.

D. Juan, D. Lope *y moriscos que pasean.*

Lope. Reniego de Dios (el traje
me abona para decirlo),
si no merecen los moros
ser pasados á cuchillo,
no solo para purgar
lo del rebelion maldito,
sino tambien por estarse
de este modo divertidos

cuando cercados se encuentran
de mil enormes peligros.
Por mi voto, no tan solo
los matara ¡vive Cristo!
sino despues á cenizas
redujera aquestos riscos.
Canalla!!

D. JUAN. Siempre, Don Lope,
de mal humor!

LOPE. Siempre el mismo.

D. JUAN. No en balde dicen....

LOPE. Dirán
que soy el mas basilisco,
jurador y renegado
del mundo; mas es preciso
digan tambien que sé hacer
justicia del mas amigo
sin fulminar el proceso. (17)
Pero si yo os mortifico
con mis cosas, callaré
al momento.

D. JUAN. No lo he dicho
por tanto....

LOPE. Y si os incomodo
no teneis mas que decirlo,
y vereis como sin réplica
de Galera me retiro.

D. JUAN. ¿No he dicho que no?

LOPE. Corriente.

D. JUAN. Para cumplir mis designios
necesitaba de un hombre
valiente cual tú, y contigo
entré hasta aquí, porque al lado
te quiero en cualquier conflicto.

LOPE. E hicisteis bien en contar

¡voto va sanes! conmigo,
que nunca he vuelto la cara
á contrarios ni á enemigos.
Si allá en la guerra de Flandes
mandando mi tercio invicto
fuí el terror de los hereges,
aquí mataré moriscos,
que ¡vive Dios! para el caso
no son en nada distintos.
No teneis mas que mandar,
que cuanto esté de mis brios
he de hacer, y aun de esceder,
Don Juan, y habré de cumplirlo,
que nunca dejé en palabra
lo que una vez haya dicho.
Con todo, sin que esto sea
penetrar vuestros designios,
¿no me direis hasta cuando
con estos trajes malditos
y entre infieles he de estar
por mi desgracia metido?
Acabad de....

D. Juan. Espera, Lope....

Lope. Por mi parte sé deciros
(hablo con toda franqueza)
que es el mayor sacrificio
que por vuestra Alteza hacer
pudiera. Cómo resisto,
no lo sé: tengo momentos
en que tanto me fatigo,
qué estoy por dar á los diablos
todos estos embolismos,
y echando mano á la espada
armar la de Dios es Cristo.

D. Juan. No es ocasion.

LOPE. No? corriente:
avisad.
D. JUAN. Muchos moriscos
se juntan aquí....
LOPE. A la nueva
acuden del regocijo,
que es novelera esta turba,
y sin mirar los peligros
que los cercan, se divierten
contentos como unos niños.
D. JUAN. Insensatos!
LOPE. ¿No recuerdan
que su monarquía vino
á poder de vuestro abuelo
el Rey Don Fernando Quinto,
mas que por hechos de armas,
por disturbios intestinos
que estas fiestas engendraron
entre troyanos y tirios?
Es canalla: no escarmientan:
los moros siempre los mismos.
D. JUAN. Cierto....
LOPE. Y lo que es el palenque
no pudiera estar mas lindo.
Colgaduras, plumas, flores,
oro, seda.... ese obelisco
que el mantenedor del campo
para lucirse ha traido,
¿no revelan lo que fueron
estos moros en lo antiguo?
D. JUAN. Es verdad.
LOPE. Solo faltaba,
para quedar todo limpio,
que yo colara hasta aquí
con el tercio que acaudillo,

y armara tal sarracina
que nadie escapase vivo.

D. JUAN. ¿Mas no llegan?...

LOPE. Bueno fuera
de aqueste sitio salirnos,
para enterarnos si todos
pasar hasta aquí han podido.
Acerquémonos.

D. JUAN. No acierto
lo que debo hacer.

LOPE. Pues listo:
dentro ó fuera.

D. JUAN. Véte tú,
y espérame en el portillo
con los demás.

LOPE. Y qué, ¿solo
quedais?

D. JUAN. Sí.

LOPE. No lo permito.

D. JUAN. No temas.

LOPE. Sabeis la seña?

D. JUAN. La Alhambra.

LOPE. Bien: si un conflicto
os sucediere....

D. JUAN. Y la nuestra?

LOPE. Santa María.... Que un grito (18)
deis y acudo con la gente.

D. JUAN. Adios.

LOPE. Adios. Está visto....
Mas siempre se acordará
que es hijo de un Cárlos Quinto.
(Vase.)

ESCENA II.

D. JUAN.

Buen Lope, tú no conoces,
ya que por mí temes tanto,
que de la gloria el encanto
siguen mis años veloces:
con tu temor desconoces
quien soy; pues debe en rigor
siempre mostrar su valor
quien tiene en su mente fijo
nacido haber, siendo hijo,
de un invicto Emperador.
Al leon naciente alejas
de sus padres, y encerrado
porque sea domesticado
lo tienes con fuertes rejas:
mas apenas sus guedejas
crecen, afila las garras,
y de su encierro las barras
rompe, siguiendo su instinto....
¿Y al hijo de un Cárlos Quinto
contendrán las Alpujarras?
Si acaso en la bajamar,
por ver si su furia enfrenas,
con las móviles arenas
un muro logras alzar;
pronto lo ves derribar
cuando violento á subir
comienza el mar, que seguir
constante debe su ley....
Pues nacido yo de un Rey
¿mi ley habré de mentir?

Nace el sol: la nube parda
entre sus sombras lo encierra,
pareciendo que á la tierra
en eterna noche guarda:
mas crece; al cenit no tarda
en llegar, y á su carrera
huye la nube ligera
débil velo á luz tan clara....
¿Qué nube, pues, estorbara
que yo mi curso siguiera?
Cuando recuerda mi mente
el héroe de que he nacido,
no hay pensamiento atrevido
que á mi pecho desaliente:
á arredrarme suficiente
nada hay; que en conclusion,
buen Lope, débiles son
nubes, arenas y barras
para luz, creciente y garras
siendo sol, mar y leon.
Así, que nadie me impida
de que cumpla mis designios,
pues para ello me sobran
voluntad y fuertes bríos.
Corro, sí.... pero hácia aquí
llegan mas moros.
(*Se detiene confundiéndose con los grupos.*)

ESCENA III.

Dicho: HABAQUÍ *sale con otros moros que con el harán de jueces en el palenque: al verlos se acercan los que paseaban.*

HABAQ. Amigos,

nombrado por nuestro Rey
juez del campo, aquí he venido
para presenciar la lidia
que por Zahara en este sitio
se ha de sostener. Lamento
que con tales estravíos,
en circunstancias tan graves,
nuestros males infinitos
para escándalo del mundo
se den á completo olvido.
Cuando todos nos hallamos
en la desgracia sumidos,
cuando jóvenes, guerreros,
viejos, mujeres y niños
en angustiosa agonía
solo aguardan á los filos
perecer de los cristianos,
¿es bien así divertirnos
en tales fiestas? El lujo,
por otra parte, escesivo,
¿se aviene con la miseria
en que hace tiempo vivimos?
Las lágrimas ¡ay! se agolpan
á mis párpados. ¡Dios mio,
no nos reserves mas males,
mas justísimos castigos,
porque tu ley olvidamos!

(Rumor en los moriscos.)

Con todo; como sumisos
á la voluntad del Rey,
obedecerle es preciso...
Yo el primero mi cabeza
humilde hasta el suelo inclino,
sin contrariar ni aun el mas
pequeño de sus caprichos,

que es de Dios la imágen pura,
y por él mismo está ungido.

(Los moros se apaciguan y se van retirando del lado de Habaquí. D. Juan se acerca.)

D. JUAN. Moro fiel!
HABAQ. Sí que lo soy.
D. JUAN. De todo aprecio eres digno.
HABAQ. Juré obediencia, y no sé
del deber otro camino.
D. JUAN. Defendiendo mejor causa
estar debieras.
HABAQ. Confio
sin embargo en encontrar
de tantos males alivio,
cuando cumpla la embajada
al campamento enemigo.
D. JUAN. Si?
HABAQ. Quizás don Juan de Austria
mire con ojos benignos
la suerte desventurada
de estos míseros moriscos.
D. JUAN. Sí la verá; que don Juan
con corazon compasivo
llora tambien los desastres,
apuros y descarríos
de aquellos que alucinados,
retando el poder invicto
de la magnánima España,
dieron de alzamiento el grito.
HABAQ. Morisco!...
D. JUAN. Yo... (¡qué imprudencia!)
HABAQ. Qué es esto? Qué es lo que has dicho?
D. JUAN. Yo, señor...
HABAQ. Quién eres tú?
D. JUAN. Soy un turco que cautivo

he estado en el otro campo,
y que fugarme he podido.

HABAQ. Mas sospechas tu lenguaje
me infunde...

D. JUAN. Pues es el mismo
que al propio don Juan de Austria
entre los suyos he oido.

HABAQ. Lo escuchaste?

D. JUAN. De su boca;
y aquí debí repetirlo,
para que con mas aliento
á hablarle llegues.

HABAQ. Estimo,
buen moro, tales noticias.

D. JUAN. Son ciertas.

HABAQ. De ellas colijo
que tambien la paz deseas.

D. JUAN. Con ansia.

HABAQ. Si el hado esquivo
nos niega de la victoria
el laurel apetecido,
¿por qué habemos de luchar
contra el poder del destino?

D. JUAN. Es tenacidad...

HABAQ. Y luego
para aumento del conflicto
de nuestra suerte, otros males,
mil disturbios intestinos
deploramos: la ambicion
alza su frente lo mismo
en la paz de las ciudades,
que en los campos intranquilos
de la guerra. Aben-Humeya,
el valiente que á los siglos
venideros su memoria

para siempre ha trasmitido,
pereció de la ambicion
á los venenosos tiros.
¡No lo puedo recordar
sin dolor! De allí provino
la rota de nuestras armas
en encuentros repetidos,
y que alentado el cristiano
pudiera nuestro heroismo
destruir... Sin duda Dios
nos impuso este castigo,
que impunes ni victoriosos
nunca deja los delitos.

D. JUAN. Es verdad. (Compadezcamos
su sentimiento legítimo,
pues al cabo el moro es moro.)
Pero á aquestos regocijos,
decidme, juez de la liza,
cuándo se dará principio?

HABAQ. Cuando la dama al palenque
venga. Oís? (*Suena un clarin.*)

D. JUAN. Cielos divinos!

HABAQ. Anuncian que Zahara sale
con direccion á este sitio.

D. JUAN. (Así la veré.) Es hermosa?

HABAQ. ¿Nunca, moro, la habeis visto?

D. JUAN. Tal vez la miré anegada
en lágrimas y suspiros,
causando en las duras peñas
compasion tanto martirio.

HABAQ. Llorar debe, que este trance
es para llorado, amigo.

D. JUAN. No amará...

HABAQ. Ni al rey ni al otro.

D. JUAN. Vos sabeis?...

HABAQ. Sí: lo he sabido,
que Zahara como á su padre
me mira...
D. JUAN. Pues yo os suplico...
(*Los moriscos se agolpan á la puerta del palenque.*)
HABAQ. Callad, que llega.
UN MORO. Abrid paso.
(*Entra Zahara seguida de moriscas.*)
D. JUAN. Es un humano prodigio!

ESCENA IV.

Dichos, ZAHARA *y acompañamiento.*

HABAQ. Zahara!
ZAHARA. Señor!
HABAQ. No te aflijas.
ZAHARA. No he de afligirme, Dios mio?
HABAQ. ¿Quién sabe lo que reserva
en su inescrutable juicio
á tu desgracia? Confía,
Zahara, como yo confío,
en su clemencia. (No sé
qué decirla.)
ZAHARA. Mi martirio
no quiere mirar agora
con ojos ¡ay! compasivos.
HABAQ. Quién sabe!... Ten esperanza.
ZAHARA. Qué angustia!
HABAQ. En fin, es preciso
que no conozcan las lágrimas
que en tu dolor has vertido.
ZAHARA. Y cómo puedo?...
HABAQ. Con ánimo...

ZAHARA. Para llegar al suplicio?
(*Señala al balcon.*)
Allí encontraré mi muerte,
que es el bien que solicito.
¿Y he de ver yo desde allí
luchar dos hombres altivos
por tenerme por esposa,
cuando á los dos abomino?
No puedo!...

HABAQ. Zahara!...

ZAHARA. Ya voy.

HABAQ. Adios.

ZAHARA. Adios. Lloro y gimo
inútilmente: no encuentro
de salvacion un camino.

(*Vase Zahara con el acompañamiento, y despues descorriéndose las cortinas del balcon de la izquierda aparece sentada entre las moriscas que la acompañan.*)

D. JUAN. ¿Llora y gime inútilmente
sin encontrar un resquicio
de salvacion, buen anciano?

HABAQ. La oiste?

D. JUAN. Al paso la he oido.

HABAQ. Llora en vano.

D. JUAN. Lo verémos.

HABAQ. Qué intentas?

D. JUAN. (Por qué vacilo?)
Buen Habaquí, cuando vayas
al campamento enemigo,
en propia mano á don Juan
entregarás este anillo. (*Se lo da.*)

HABAQ. Mas tú, quién eres?

D. JUAN. Quién soy?

HABAQ. Sí.

D. JUAN. No sé.
HABAQ. Debes decirlo.
D. JUAN. Qué te importa? Y si no vas,
al que se lo des, lo mismo
será por don Juan allí
buenamente recibido.
Adios. (*Vase.*)
HABAQ. Se va? No comprendo...
¡Qué confusos laberintos
la conducta de este moro
en mi alma han producido!
Ya Zahara está en el balcon.
Vamos nosotros, amigos.

ESCENA V.

Dichos menos D. JUAN. HABAQUÍ *con otros ancianos se sienta en el tablado de los jueces.*

HABAQ. Despejad.
(*Todos los que paseaban salen del palenque y se colocan detrás de las empalizadas: los músicos en el balcon de la derecha.*)
Agora suenen
los tres toques repetidos,
que á los combatientes llamen
para lidiar á este sitio.
(*Suenan tres redobles cortos: entra un moro, que pone sobre el bufete un papel y se va. Habaquí despues de leerlo se levanta y dice:*)
El rey Abenabó me dice
que hallándose distraido
en atenciones urgentes,
no puede asistir al juicio

delegando en mi persona
sus facultades. Es visto,
para velar por nosotros,
quiere estarse á los peligros
con que al asalto amenazan
los cristianos de continuo.

UN MORISC. Viva el rey Abenabó!

OTROS. Viva!

OTROS. Viva!

HABAQ. (Pues creido...)
Al sostenedor del campo
dése entrada.

(Toca la música y entra ostentosamente Benaguacil precedido de un escudero con una bandeja, en la que hay una adarga, un alfange y un estoque, que pone sobre el bufete: le siguen muchos caballeros moriscos: da un paseo en derredor del palenque, y se coloca á la puerta de la tienda de la izquierda.)

ESCENA VI.

Dichos y BENAGUACIL.

BEN. (*Entrando.*) Aliento mio,
no me abandones cruel
cuando mas te necesito.
Allí está: ¡qué hermosa! ¡Ay Zahara!
¡Con qué rigor me has herido
en medio del corazon
que te idolatra cautivo!
Corazon, alienta, alienta;
recobra pasados brios,
que empresa cual la de ahora

corazon, nunca has tenido.
(*Cesa la música.*)

HABAQ. Acercaos, Benaguacil.

BEN. Llego, pues, y me arrodillo.

HABAQ. ¿Jurais por lo mas sagrado
de nuestro Coran divino
mantener bien y fielmente
el palenque, y que no indigno
sentimiento de venganza,
odio ó saña os ha movido
para aceptar esta lucha?

BEN. Juro.

HABAQ. ¿Jurais asimismo
lidiar sin ningun ardid,
cábala alguna ni hechizo,
palabra supersticiosa,
signo, ni pacto maligno?

BEN. Sí juro.

HABAQ. Alá como obreis
os dé el premio ó el castigo.

BEN. (El premio será.) (*Levantándose.*)

HABAQ. Apartaos,
á esperar en vuestro sitio
á quien con vos disputar
quiera el campo.

BEN. Me retiro.

HABAQ. Ora los reyes de armas
den los repetidos gritos
de atencion, y luego se eche
el bando que es prevenido.

LOS REYES Oid! oid!!

CUBAYAS. Manda el Rey
que la hermosa Zahara sea
del moro que en la pelea
luche de mas buena ley:

que si por un incidente
de los propios de esta guerra,
sin luchar todos, se cierra
el palenque de repente,
quede en depósito Zahara
hasta que en otra ocasion
tranquila, su posesion
al que venza se declara.
Y por último, que el uso
de antifaz es permitido.
(Redoble de tambor.)

HABAQ. Benaguacil, ya podeis
dar principio.

BEN. Doy principio.

(A una seña de Benaguacil suena la música, y descorriéndose las cortinas del obelisco aparece este que será arabesco y suntuoso, con pebeteros, piras, flores, y el retrato de Zahara sostenido por Cupido con aljaba y arco roto á los pies. (19) *Por entre las columnas sale Zaida acompañada de cuatro ò mas jòvenes moriscas graciosamente vestidas. Zaida leerá la glosa que sigue, y las moriscas repartirán á los caballeros del campo lienzos de colores en que estará escrita la glosa.)*

ZAIDA. «El Amor para enlazalla
un lazo vió que era poco,
y quiso con dos vendalla » (20)

La Vega, jardin de flores,
Zahara pisa de Granada,
de las auras celebrada,
cantada de ruiseñores:
y ajena de los rigores
de aquel que en recia batalla

nuestras almas avasalla,
por el camino no via
que incansable la seguia
el Amor para enlazalla.
Sigue Zahara: Amor la sigue;
deja el llano; Amor detrás;
trepa al risco, y mas y mas
Amor á Zahara persigue:
para ver lo que consigue
pasa delante Amor loco:
la espera, tira, y tampoco
nada logra: escapa Zahara,
y el Amor por cuenta clara
un lazo vió que era poco.
Queda el Dios ciego burlado;
la mora á su anchura queda,
cantando música leda
que copia el eco en el prado:
pero Amor mas alentado
en su empresa, no desmaya:
con doble lazo á esperalla
vuelve; tira; la aprisiona;
cree que un lazo no la abona,
y quiso con dos vendalla.

(*Los del campo prorumpen en aplausos.*)

UN MORO. Donosos conceptos son (*A Ben.*)
que alguna otra cosa esplican.
De Zaida son invencion.
Desconozco su intencion;
y si algo mas significan
de lo que la letra dice...

MORO. Dos lazos para enlazalla
no nombró? ¿Quién la avasalla
mas que tú?

BEN. Moro infelice!
Esto mas? Oh rabia!

MORO. Calla.

(*Zaida canta la primera décima de la glosa anterior, bailando al mismo tiempo las otras cuatro moras. Suena un clarin, cesa la música, y se retiran las moras.*)

BEN. Oh Cielos!

MORO. (*A Ben.*) ¿Qué campeon
será, amigo, el que desea
de Zahara la posesion
disputarte?

BEN. Sea quien sea
reñirá con un leon.

CUBAYAS. Armado y con otros tres
(*Desde la puerta del palenque.*)
un apuesto caballero
que no descubre quien es,
para lidiar el primero
licencia pide cortés.

(*Se retira á una seña de Habaquí: entra Abenabó ricamente vestido y cubierto con un antifaz: le precede un escudero con una bandeja con armas que pone sobre el bufete y le siguen dos caballeros: en tanto Benaguacil dice:*)

ESCENA VII.

Dichos, ABENABÓ *y acompañamiento.*

BEN. No adivino por qué late
mi corazon tan violento

cuando se acerca el momento
del esperado combate.
Ay! ¿será el remordimiento
de mi crímen? Sí: mi estrella
nò luce como solia
desde aquel terrible dia
en que el rey Aben-Humeya
maté con traicion impía.
Oh confusion!

HABAQ. ¿Vos jurais
(*A Abenabó que dobla una rodilla.*)
por nuestro Corán divino
que en esta lucha no entrais
porque venganza abrigais,
ni otro pensamiento indino?

ABEN. Sí juro.

HABAQ. ¿Jurais así
lidiar sin pacto que á Dios
ofenda de hechizo, ni
voz supersticiosa?

ABEN. Sí.

HABAQ. Dios obre cual obreis vos.
A aquella tienda pasad.
(*La de la derecha: llega Abenabó.*)

MORO. Quién será?

BEN. No lo adivino.

ABEN. Miro allí el rostro divino (*Aparte.*)
que me mata con crueldad.

HABAQ. De cada cual el padrino
por las armas aquí salga.
(*Llegan dos caballeros moros.*)
Adarga, alfange y estoque.

(*Se retiran los padrinos y entregan las armas á Abenabó y Benaguacil.*)

Cada adalid se coloque

en su raya. Dios os valga,
y empiece de alarma el toque
(*Se da la batalla al son de la música.*)

ABEN. Tiene alientos.

BEN. Ay! me asombra
su aspecto! Cielos! Es ella!
Es la ensangrentada sombra
del valiente Aben-Humeya.

TODOS. Aben-Humeya!! (*Rumor.*)

ABEN. A quién nombra?

BEN. No me persigas, no.... no!
Déjame por Dios! yo muero!
Perdon!!

(*Cae desmayado en los brazos del padrino y de otros caballeros moros que acuden.*)

ABEN. Soy Abenabó.
(*Quitándose el antifaz.*)

MORO. Víctor al Rey que venció!

MUCHOS. Viva!

OTROS. Viva!

BEN. Solo espero, (*Delirando.*)
buen Rey que ya me perdones....
(*Los caballeros lo retiran á su tienda.*)

HABAQ. La victoria que aquí el Rey
alcanzó, con nuevos sones
celébrese, que es de ley.
(*Suena un clarin.*)

ABEN. Qué escucho! qué confusiones!

CUBAYAS. Otro caballero moro
tambien con la faz cubierta,
por ganar en liza abierta
el ofrecido tesoro,
licencia pide en la puerta.

(*Hace una seña Habaquí, y entra D. Juan de Austria seguido de D. Lope de Figueroa, que*

queda á la puerta: D. Juan de seguida se pone en frente de Abenabó.)

D. JUAN. Ayúdeme Dios.
HABAQ. Guerrero,
venid acá.
D. JUAN. Qué quereis?
HABAQ. Que es menester que jureis.
D. JUAN. A ley de buen caballero.
HABAQ. No basta.
D. JUAN. Pues no?
HABAQ. Debeis
con la fórmula cumplir.
D. JUAN. Decidla pues.
HABAQ. Acercaos.
Por el Corán?....
D. JUAN. No; paraos,
que en nada supe mentir.
Moro, á la lucha aprestaos.
(A Abenabó: confusion en todos.)
ABEN. No sabiendo....
D. JUAN. Eso os aterra?
ABEN. No juràis por el Corán.
D. JUAN. Cómo ha de jurar Don Juan?
(Quítase el antifaz y el albornoz, quedando de guerrero castellano: lo mismo hace D. Lope.)
ABEN. Don Juan!
MOROS. Muera!
ZAHARA. Ay!! *(Se desmaya.)*
MOROS. Arma!!
(Saltando la empalizada, vibrando los alfanges.)
CASTELLANOS. *(Entrando.)* Guerra!!
(Suenan cajas, clarines y tiros.)
D. JUAN. Mis brios os lo dirán.
LOPE. Guapo!
MOROS. Muera!!

D. Juan. Sí venid,
que habeis de probar mi saña.
Habaq. Detenedse. *(A los moriscos.)*
Aben. No, seguid....
Lope. Santiago y cierra España,
que somos hijos del Cid.
(Sigue la batalla hasta un momento despues de caer el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro figura una cueva: á un lado del frente hay una reja que da á un camino subterráneo: á la izquierda la entrada á una habitacion labrada en la piedra misma; adórnanla unas cortinas de seda: á la derecha la entrada general: una lámpara encendida: almohadones en que sentarse: no hay mas luz que la de la lámpara.

ESCENA I.

ZAHARA *desmayada, y* ZAIDA.

ZAIDA. Zahara! Zahara!... no responde.
ZAHARA. Quién eres tú? (*Volviendo en sí.*)
ZAIDA. Yo soy Zaida.
ZAHARA. Zaida?
ZAIDA. Sí.
ZAHARA. Pero don Juan...
ZAIDA. Ya hace tiempo que se halla
fuera de Galera.
ZAHARA. En salvo?
ZAIDA. En salvo está. Aunque empeñada
fué la lucha que sostuvo
por las calles y las plazas,

tuvo al postre que cejar
al número.

ZAHARA. Suerte infausta!

ZAIDA. Pues mucho debe á Habaquí,
que en medio de la batalla
redujo á varios moriscos
á que dejasen las armas.

ZAHARA. Buen Habaquí!

ZAIDA. No hace mucho
que á cumplir con su embajada
fué al campamento contrario
con Benaguacil.

ZAHARA. Ah! calla.

(*Se levanta y observa donde está.*)

Pero qué es esto? En qué sitio
me encuentro?

ZAIDA. Depositada
por órden del Rey.

ZAHARA. Qué dices?
Esta es su cueva?

ZAIDA. Sí.

ZAHARA. Oh rabia!
¡Con cuanto fiero rigor
me persigue, amiga Zaida,
la dura estrella enemiga
que mis desventuras labra!
¿No le bastó atormentarme
con hacer se enamoráran
de mí dos moros crueles,
que aborrezco con el alma,
sino tambien, para aumento
de mis enormes desgracias,
me inspiró un amor ardiente
á una imposible esperanza?
En vano, Zaida querida,

en vano mi repugnancia
rechaza los rendimientos
de Benaguacil y Abdála,
que ellos á despecho tienen
de mis lágrimas amargas,
de vencer mil ocasiones
mi resistencia y constancia.
Y en vano por otra parte
arde en mi pecho la llama,
que el ciego Dios encendió,
de amor por don Juan de Austria,
pues no sé cómo decirle
pregonándole mis ansias,
«por tí, cristiano, una mora
muriendo de amor se halla.»
Mira tú ¡cuán grandes son
mis desventuras contrarias,
los pesares que me afligen,
los estremos que me agravian,
los ayes que me lastiman,
y los dardos que traspasan
con sus puntas venenosas
hasta las mismas entrañas!

ZAIDA. No lloreis.

ZAHARA. ¿No he de llorar
cuando muero, bella Zaida?

ZAIDA. Quizás el Cielo apiadado
algun remedio os prepara.

ZAHARA. Un remedio! Y mira tú;
si Abenabó me brindara,
dueño del mando absoluto
de la hechicera Granada,
con el regalado lecho
de la soberbia Sultana;
y solícito y rendido

á mas pusiera á mis plantas
las riquezas que atesoran
Zacatin y Viva-Rambla...
Qué digo? si convertida
la misma Sierra Nevada
en fina plata, quisiera
ofrecérmela por árras...
es seguro, ¿lo creerás?
que todo lo despreciara
por una mirada sola
de amor de don Juan de Austria.

ZAIDA. Que escuchándonos tal vez
pueden estar...

ZAHARA. Y su esclava,
su esclava, pobre, abatida,
fuera yo de mejor gana,
que no la rica señora
del Rey moro allá en Granada...

ZAIDA. Por Dios, por Dios, que si alguno...

ZAHARA. Y por gozar sus miradas,
que son fuente de delicias
mas blandas que son las auras,
en mi frente por diadema
llevara el sello de infamia
con que á la manceba el mundo
para escándalo señala.

ZAIDA. Zahara por Dios! Pasos siento:
y si Abenabó...

ZAHARA. ¡Mal hayas,
que mis ilusiones todas
borraste con tus palabras!

ZAIDA. Señora, callad... (*Observando.*)

ZAHARA. Quién era?

ZAIDA. Un rumor... no siento nada...

ZAHARA. No temas!...

ZAIDA. Quizás el viento,
que por esta cueva vaga,
en mis medrosos oidos
fingiese lentas pisadas...
Con todo, bueno será
no esponeros á la rabia
de Abenabó, que indignado
si aquí oyera vuestras ansias,
en vuestro pecho amoroso
sepulcro diese á su daga.

ZAHARA. La muerte!... Tú no comprendes
con cuanto placer la aguarda
la que en sus fieros pesares
alivio cual yo no alcanza.
No lo viste, Zaida mia?

ZAIDA. A quién?

ZAHARA. A quién? Al de Austria.

ZAIDA. Sí, lo ví.

ZAHARA. Yo sin sentido...

ZAIDA. ¡Con qué braveza bizarra
se echó de pronto valiente
el alquicel á la espalda,
debiendo su salvacion
á los filos de su espada!
Mas lo que yo no adivino
es, mi señora, la causa
de que así, venciendo riesgos,
altivo se presentara
en el palenque esta tarde.

ZAHARA. Tampoco presumo nada...

ZAIDA. Si fué por mero capricho
impulsado, es temeraria
su accion; que pudo costarle
morir sin gloria en la plaza.
Por eso no encuentro cosa

que mejor me satisfaga,
sino pensar que su empeño
fué el impedir...

ZAHARA. Habla... habla...

ZAIDA. Que ninguno vuestra mano
por galardon se llevara;
y lo consiguió; y con ello,
que es lisonja bien usada,
vino á deciros tambien
que rendido os adoraba.

ZAHARA. Dáme una esperanza sola,
que una esperanza me basta:
con una esperanza vivo
mas contenta y mas ufana,
que si pisara por mios
los salones de la Alhambra.
Una esperanza! No sabes
cuanto te agradece el alma
una esperanza, aunque no
pase de ser esperanza.

ZAIDA. Y si despues Habaquí
trae las paces concertadas,
él que os quiere como un padre
y como un padre os ampara;
al lado suyo podreis
ir á la corte de España,
y contemplar mas de cerca
al sol que el pecho os abrasa.
¿Quién sabe lo que el destino
os reserva, hermosa Zahara?

ZAHARA. ¡Un ángel tocó sin duda
á tus labios, pues las llagas
que el corazon atormentan
con tus ecos embalsamas!
Yo no sé como pagarte

el dulce bien con que embargas
mis sentimientos y penas,
tan duras, fieras y tantas,
que con decir que son mias,
dicho se está que son hartas.

ZAIDA. ¿Y por qué de esa manera
vuestro corazon se afana
en tristes contemplaciones,
que á cual mas lo despedazan?
Dejad temores; que el cielo,
que del llanto se apiada
de una hermosura oprimida,
pondrá fin á vuestras ansias.
Entre tanto, divertiros
debeis; y porque os agrada
la música, he de cantaros
una letrilla que os cuadra.
No la quereis, Zahara, oir?

ZAHARA. Sí quiero, mi Zaida, canta.
Quiero ver si mis dolencias
á tu dulce voz se espantan.

(*Canta Zaida acompañada de tiorba.*)

ZAIDA. Dice un moro á la que adora:
¿por qué las aves, señora,
cantan con tal variedad
cuando despunta la aurora?
Y le responde la mora:
porque tienen libertad.

ZAHARA. Ave que con trinos mil,
ligera nave de plumas,
en vez de surcar espumas
las auras surcas de abril:
arroyo que en tu carrera

saltando bruta esmeralda
riscos dejas á la espalda
por pisar ancha pradera:
árbol que gigante subes,
y viviendo allá en los cielos
presumes ser sin recelos
alto dique de las nubes:
ancho mar que en horizontes
el cielo en tí se retrata,
ya siendo espejo de plata,
ya de nieve siendo montes:
y en fin, sol, que todo rayos
tanto tu curso varía,
que si fuego al mediodia,
á la noche eres desmayos;
¿por qué con tal variedad
correis, volais, y subis,
variais y os divertís?

CANTA ZAIDA. Porque tienen libertad.

ESCENA II.

Dichas y ABENABÓ *que ha escuchado los versos últimos.*

ABEN. Así, Zahara, porque tienen
libertad aves y plantas,
cantan de amores las unas,
las otras al cielo escalan....

ZAHARA. Abenabó!

ABEN. El mismo soy.

ZAHARA. Si pudiera.... (*Ap. queriendo irse.*)

ABEN. No te vayas,
que has de escuchar un momento

mis amorosas instancias.
(*Hace una seña á Zaida y esta se va al aposento de la derecha.*)

ZAHARA. Desventurada de mí! (*Aparte.*)

ESCENA III.

ABENABÓ *y* ZAHARA.

ABEN. ¿Por qué de ese modo ingrata,
te has empeñado en matarme
con esquiveces estrañas?
¿No te bastó que yo fuese
fénix de amor en tu llama,
iman que á tu norte mira,
girasol que te idolatra,
siguiendo el astro divino
de tu frente soberana?
Si quieres que mil locuras
este moro por tí haga,
como plazcan á tu antojo,
no tienes mas que mandarlas....
Que si Rey soy de las huestes
que inundan estas montañas,
por tí trocado en esclavo
besaré humilde tus plantas.
¿Qué mas quieres, Zahara mia,
del que en aspereza brava
solo á matar y morir
aprendió desde la infancia?

ZAHARA. Qué tormento!

ABEN. No me escuchas?
Mi solicitud te cansa?
Yo doy al olvido todos

los empeños en la plaza,
y que Don Juan atrevido
mis intentos estorbara.
Aquí te tengo: esta noche
has de ceder á mis ansias....
(*Sentándose con ella y tomándola una mano.*)
Oye; que un moro rendido
de una pasion acendrada,
te esplica lo que padece
por tu desden que le mata.
Esa frente alabastrina
á quien envidia la nácar;
esa nariz que al marfil
escede en tersura blanca;
esos ojos que al dios ciego,
de azabache en las pestañas,
ocultan, y en vez de flechas
solo asestan tus miradas;
y esa boca que en cortinas
de carmin, rosas y grana,
sartas de perlas de Oriente
en nido de amores guarda,
¿habrán crueles de ser
con quien de veras te ama?

ZAHARA. Yo tiemblo!

(*Benaguacil abre la puerta de hierro del foro, entra seguido de un esclavo, oye los últimos versos de Abenabó, y despues de decir los suyos habla con el esclavo; abre otra vez la puerta de hierro, y vase el esclavo; cierra Benaguacil y baja lentamente al escenario, de manera que cuando suene el clarin esté junto á Zahara y Abenabó.*)

ESCENA IV.

Dichos y BENAGUACIL.

BEN. Qué es lo que miro? *(Aparte.)*
El Rey con ella se halla!
Dadme, celos, ocasion
de que vibre mi venganza.

ZAHARA. Yo os suplico, si algo puedo
impetrar de vuestra gracia,
que á mis luchas y rigores
me dejeis abandonada.

ABEN. No, prenda de los moriscos,
joya de las Alpujarras,
maravilla de estas Sierras
y envidia de hermosas damas;
no pidas, no, al que galante,
tierno, rendido.... del alma
mas amante y mas cautiva
te nombró depositaria;
no pidas que te abandone,
que renuncie á la esperanza
de apurar entre tus brazos
la felicidad mas alta.
Mas fácil fuera pedir
á un volcan que se apagara,
cuando nuevos combustibles
echáran á sus entrañas.

(Abraza á Zahara: Benaguacil pone mano á la gumia: suena el clarin.)

BEN. Señor! *(Disimulando.)*

ZAHARA. Respiro.

ABEN. *(Indignado.)* Qué quieres?

BEN. No escuchais?
ABEN. Tocan al arma?
BEN. Quieren saber los moriscos
en qué paró la embajada.
ABEN. Y sin mi licencia? ¿Ignoran
que todavía los manda
Abenabó?
BEN. No es estraño
cuando se encuentra en la plaza
Habaquí, que es portador
de las paces concertadas.
ABEN. Concertadas? (Zahara bella...) (*A Z.*)
BEN. Tente, señor. *(Interponiéndose.)*
ABEN. Véte, Zahara.
ZAHARA. Sufre, corazon: padece (*Aparte.*)
hasta ver cuando se sacia
la suerte con sus rigores
de perseguirte inhumana.
(Vase á donde se fué Zaida.)

ESCENA V.

ABENABÓ, BENAGUACIL *y moriscos.*

BEN. Ingrata! (*Aparte.*)
ABEN. Moriscos mios,
gloria y honor de la patria,
¿qué es lo que en esta ocasion
os angustia y sobresalta?
Qué es lo que quereis!
MORISC. La paz.
ABEN. La paz tendreis, aunque cara;
la paz que nos da el cristiano,
que es una paz bien amarga;

una paz en que sereis
como mísera canalla
tratados, mas duramente
que los de raza judáica.
¿Cómo quereis que se olviden
de la sangrienta campaña
que en estos riscos y valles
hemos hecho? Si diezmada
la flor de España al impulso
de las armas musulmanas
ha sido, ¿cómo esperais
que nuestros contrarios hayan
de conceder una paz
que los afrente? ¡Mal haya
quien suplica lo que puede
alcanzarlo con las armas!
Acaso la paz ofrezcan
con fementidas palabras;
mas no los creais, moriscos,
que por vencer os engañan.
Dirán que sí; pero luego
que desistais de la ardua
empresa que acometísteis
rebelándoos, á la saña
os inmolarán crueles
de su bárbara venganza.
Quereis la paz de este modo?

MORISC. No, la guerra! *(Rumor.)*

ABEN. Basta, basta,
que no esperaba yo menos
de vuestra heróica pujanza.

MORISC. Guerra!

OTROS. Guerra!

BEN. *(Aparte.)* (Aquí Habaquí.)

ESCENA VI.

Dichos y HABAQUÍ.

HABAQ. Qué decis, gente insensata?
Cuando Aben-Humeya dió
el grito de guerra santa,
sacudiendo el fuerte yugo
que oprimió nuestra garganta;
cuando despues la victoria
alegre batió sus palmas,
coronando la braveza
de las tribus africanas;
cuando despues sonrió,
porque Abenabó mostraba
su valor nunca vencido
á las tropas castellanas,
bien hecho fué pelear
con nunca vista constancia.
Mas ora que la victoria
nos ha vuelto las espaldas;
ora que el hambre y la peste
feroz nos mostró su cara,
no luchando con los hombres,
y sí luchando con plagas;
cuando el cerco que á esta villa
ha puesto Don Juan de Austria
no deja ningun remedio
de salvacion, ¿qué se alcanza
con luchar desesperados
en imposible batalla?
Luego, si á nosotros solo
la muerte se limitara,

como valientes morir
sabriamos en la demanda.
Pero ¿qué nuestras mujeres
y nuestros hijos del alma
hicieron para pagar
con la muerte nuestras faltas?
Y no es la muerte tan solo
lo que triste les aguarda,
que es el morir un consuelo
al que muriendo descansa.
Es la deshonra.... la mengua....
eterno baldon de infamia,
de morir nuestras mujeres
despues de ser deshonradas!!!
Quereis la guerra?

MORISC. La paz.

ABEN. Bien, Habaquí: tus palabras
pudieron mas que el acero
de las tropas castellanas.
No me opongo á que la paz,
ya que por la paz aclaman,
el fin de esta guerra sea;
guerra atroz, desesperada,
que sostenemos luchando
con todo el poder de España.
Mas ¿se podrá conseguir
con honor, ó acaso tratan
de que todos nos rindamos,
para despues á mansalva
sacrificarnos? ¿Dó están
de la rendicion las cláusulas?

HABAQ. Si te hubieras esperado,
Abenabó, á que acabara
mi oracion, de todo aqueso
te hubiese enterado.

ABEN. Habla.

HABAQ. Al campo llegué enemigo
cuando despuntaba el alba.
Hablé con Don Juan; y apenas
concluido hube mi plática,
cuando alborozado el príncipe
se adelanta á mis instancias,
concediendo generoso
las paces tan deseadas.

BEN. Y te regaló un collar, (*Maliciosa-*
y tambien su propia espada, *mente.*)
y el hábito te ofreció
de Santiago ó de Alcántara;
que es Don Juan muy dadivoso
con los que cual tú le agradan.

ABEN. Es cierto?

HABAQ. Sí; y todavía
reserva mayores dádivas
para vosotros, si es que
deponeis ahora las armas.
Solo quiere que tú mismo
á su campamento vayas
para firmar con su Alteza
las paces, pues solo trata
de que sean duraderas
y por todos respetadas.

ABEN. Bien, iré.

HABAQ. Sí. ¿Y no sabeis
el peligro que amenaza?...
Sepultarnos entre escombros,
si en firmar la paz se tarda.

ABEN. No he dicho qué iré?

HAB'AQ. Mas es...

ABEN. Capitan, al punto calla.
¿Has olvidado que soy

todavía tu monarca?
Moriscos, una corona
sobradamente pesada
me dísteis: os la devuelvo
sin que la empañe una mancha.
Dios es Dios: á su mandato
la frente al polvo se abata,
obedeciendo sumisos
su voluntad soberana.
No es Dios? no es sabio? no es justo?
Su gloria al mundo no abarca?
Pues hará lo que conviene
á su escelsitud sagrada:
no es así? Pero al hablaros
por última vez ¡ay! tantas,
tantas son, moriscos mios,
mis pesadumbres amargas,
que la voz de despedida
se me anuda en la garganta.
Y no es porque mi reinado
lo pasé en molicie blanda,
pues fué el casco mi corona,
mi cetro la fuerte lanza,
la del caballo mi silla,
mi dosel la dura adarga,
y mi dorado palacio
esta cueva solitaria;
sino por serme muy triste
abandonar la compaña
de aquellos que Rey me hicieron
de aquestas montañas ásperas.
Pero en fin, Dios lo ha querido.
Adios, amigos: mil lágrimas...
que tambien los Reyes lloran
cuando el dolor los embarga...

me cuesta este adios; el último
que os dará vuestro monarca.

UN MORISC. Viva Abenabó que es Rey!

TODOS. Viva! (*Menos Habaquí y Benaguacil.*)

ABEN. Todavía!!—(*Amargamente.*)
Basta.
Retiraos.—(*Vánse los moriscos.*)
Tú, mi Habaquí,
afuera un momento aguarda.
(*Vase Habaqui.*)
Seguidme vosotros. (*A dos esclavos.*)
Luego
á ver marcharé al de Austria! (*Vase.*)

ESCENA VII.

BENAGUACIL.

Abenabó, llegó el tiempo
de que tu cetro se caiga
deshecho en tantos pedazos
como desdichas me causas.
Quizás al rodar del trono
sueñas, Rey, con la esperanza
de entre los brazos caer
de la mas hermosa dama.
Pero torpe ¿no advertiste
que un moro tu paso ataja,
porque á la dama ese moro
mas que tú ciego idolatra?

ESCENA VIII.

Benaguacil: **D. Lope** *de castellano, y un esclavo, que salen por la puerta subterránea.*

Lope. Es por aquí?
Ben. Ya llegaron.
Lope. Supongo que no habrá trampa;
porque si nó, voto á Dios!!
como la hiciste la pagas.
Ben. Silencio!
Lope. Quién eres tú?
Ben. Benaguacil.
Lope. Por las trazas
acompañaste al que habló
ha poco á don Juan de Austria.
Ben. El mismo soy.
Lope. Qué me quieres?
Confiado en tu palabra
he venido, y he hecho mal,
porque al fin una canalla
sin fe ni ley todos sois.
Ben. Don Lope!
Lope. Qué! no te agrada?
Mas no he querido que nadie
de cobarde me tachara,
y por eso he entrado aquí,
aunque la vida me valga.
Ben. No temas.
Lope. ¿Temor don Lope
de Figueroa? Despacha.
Ben. El Rey...
Lope. Cuál?

BEN. Abenabó.
LOPE. Ese es un rey de baraja:
no hay mas Rey que don Felipe,
ni mas poder que el de España.
BEN. Lo que quieras: es el caso
que ha dispuesto una celada
para en lugar de rendirse
hacer horrible matanza
en los tuyos.
LOPE. ¿No te dije
que érais gente mas que mala?
Voto á Dios! que no se debe
con esta turba perraza
usar de mas miramientos
que la punta de la espada.
Mas prosigue.
BEN. Yo he resuelto,
porque á mis intentos cuadra,
entregarte á Abenabó.
LOPE. De qué modo?
BEN. Antes que salga
de aquesta cueva, tu tropa,
que puede tener entrada
por donde tú, lo aprisiona
y de Galera lo saca.
LOPE. Bien pensado. (Es un traidor.) *(Ap.)*
Me gusta mucho tu traza,
y será, yo te lo juro,
como merece pagada.
BEN. En ella misma, don Lope,
tengo yo mi mejor paga.
LOPE. No entiendo...
BEN. Pues yo me entiendo.
LOPE. Corriente. (De aquesta farsa (*Ap.*)
á don Juan enteraré,

y él hará lo que le plazca.)
Adios. (*Va á darle la mano y la retira.*)

Ben. Por qué la retiras?

Lope. Porque ya no me acordaba
de que tu mano y la mia
mútuamente se rechazan.

Ben. No entiendo.

Lope. Pues yo me entiendo,
como ha poco replicabas.
(*Benaguacil va á hablar.*)
Nada digas.

Ben. Véte.

Lope. Al punto.

Ben. Este esclavo te acompaña.

Lope. Anda, perro, que el que vende (*Ap.*)
de esa manera á su patria,
merece que el que lo compre
le dé el pago en puñaladas.
(*Vase con el esclavo.*)

ESCENA IX.

Benaguacil.

Se fué. ¿Despreciado moro,
qué es lo que á tu intento falta?
Si Abenabó de don Juan
alcanza un perdon, se marcha
con la mora á Berbería,
burlando todas mis ansias.
No, no; que muera el aleve,
que muera. Imposible haga
el perdon con nuevo crímen,
que don Juan sienta en el alma.

Que aprecia mucho á Habaquí
observé allá en la embajada...
Pues qué tardo? Mi despecho
con sangre solo se sacia.
Ya sale.

ESCENA X.

BENAGUACIL *y* ABENABÓ.

ABEN. Benaguacil!
BEN. Rey Abenabó, qué mandas?
ABEN. Quiero que al campo enemigo
acompañándome vayas.
(*Se hinca Benaguacil.*)
Mas qué es esto? Por qué doblas
las rodillas á mis plantas?
BEN. ¡Ay! descendiente preclaro
de la mas insigne rama
de los Omeyas, buen Rey,
vencedor en mil batallas
de aquellos que tiranizan
á nuestra hermosa Granada!
No pases, no, de este sitio,
porque la muerte te aguarda
envuelta en viles traiciones
de los que siempre te odiaban.
ABEN. Qué dices?
BEN. Rey, la verdad.
ABEN. Ven á mis brazos: levanta,
y esplícame....
BEN. Ese Habaquí....
ABEN. Habaquí?
BEN. Sí: Torpe infamia!

Ha prometido entregarte
á Don Juan....

Aben. Acaba. Oh rabia!

Ben. Y cuando á la tienda llegues,
tus manos allí aherrojadas
serán....

Aben. Oh!

Ben. Y ante Galera,
con un letrero á la espalda,
por traidor has de morir
para ejemplo....

Aben. Basta, basta!

Ben. Por eso le regaló
su rico collar y espada,
ofreciéndole además
ser caballero de Alcántara. (21)

Aben. No mas, no mas!

Ben. ¿Tú no sabes
por qué esa traicion? Que á Zahara
adora el viejo, y con ella
piensa internarse en España.

Aben. Calla, moro, que has clavado
un puñal en mis entrañas.

(*Corre precipitado y habla con uno de los esclavos, el cual se va.*)

Ben. Qué vas á hacer?

Aben. Muera al punto.

Ben. Mas escucha...

Aben. Que los traigan:
no han provocado mi enojo?
pues que lo prueben si estalla....
Mueran si fueron traidores,
que la traicion no se paga
sino con la muerte.

Ben. Es cierto.
Pero los dos?...

ESCENA XI.

Dichos: HABAQUÍ, *guardia y un verdugo que entra en el cuarto de la izquierda.*

HABAQ. Me llamabas?
ABEN. Cómo, Habaquí! ¿cómo tal
traicion me tenias guardada
en el pecho? No me hables. (22)
HABAQ. Traicion! Y quién me delata?
ABEN. Míralo aquí. *(Señala á Benaguacil.)*
HABAQ. Oh!
ABEN. No respondes?
HABAQ. Responder? No tengo nada
que decirte. Y qué me espera?
ABEN. La muerte.
HABAQ. Bien!!.. ¡en el alma
siento todos tus errores,
no la existencia cansada
que sin motivo me quitas!
Cielos!
ABEN. Su cabeza caiga.
(A los guardias.)
HABAQ. ¡Que mi sangre sea la última
que vierta vuestra venganza!
(Los moriscos llevan á Habaquí al cuarto donde entró el verdugo.)

ESCENA XII.

ABENABÓ, BENAGUACIL: *luego* ZAHARA.

BEN. Ahora sí que te conozco,

Rey Abenabó. Mas Zahara....

ABEN. Zahara, llegad.

(*Asela fuertemente de la mano.*)

ZAHARA. Dios clemente!

ABEN. ¿Pensaste, hermosura ingrata, burlarme? Mira á tu cómplice y el cierto fin que te aguarda.

(*Lleva á Zahara hasta la puerta del cuarto de la derecha, descorre la cortina, y á favor de una lámpara veráse á Habaquí degollado. Zahara se desase de Abenabó, y despavorida corre en ademan suplicante hácia Benaguacil, quien la vuelve la espalda dirigiéndose á la puerta subterránea: todo, mientras Zaida canta.*)

CANTA ZAIDA. (Dentro.) Porque tienen libertad.

(*Al espirar la voz de Zaida suena una fuerte detonacion y derrúmbase uno de los lienzos de la cueva, viéndose por la abertura á Galera incendiada. D. Juan y D. Lope salen con espada en mano; este por la puerta subterránea, impidiendo la fuga de Benaguacil; D. Juan por la abertura corriendo á ponerse entre Zahara y Abenabó. Zahara abraza á D. Juan: Abenabó va á herirlos, y Cubayas le dispara un pistoletazo que le deja muerto. Al mismo tiempo se traba una pelea entre moriscos y castellanos, al compás del coro precipitado de* arma, guerra! *y formando entre unos y otros grupos guerreros.*)

CASTEL. Guerra, guerra!

MORISCOS. Arma, arma!

D. JUAN. Zahara!

ZAHARA. Don Juan! (*Se abrazan.*)

CASTELL. Arma!

MORISCOS. Guerra!

Todos. Guerra, guerra!
D. Juan. Viva España!
(*Todos los moriscos se arrodillan: D. Lope que sigue á Benaguacil le da una puñalada, al mismo tiempo que D. Juan da el grito de viva España.*)
Todos. Viva!
D. Juan. Sí; y que el mundo entero
el nombre de nuestra patria
admire, respete y tema
por sus heróicas hazañas.

FIN DEL TERCERO Y ÚLTIMO ACTO.

JUICIO CRITICO

sobre el presente drama.

Cosa mui sabida es que la rebelion de los moriscos españoles en los montes i peñas de las Alpujarras, tuvo principal orígen en las porfías i providencias, para asegurarlos en la fe de Cristo, unas hechas, i otras solicitadas del rey Felipe II, por don Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, asombro del concilio de Trento por su virtud i letras, i por haber sido uno de los que mas trabajaron para conseguir la verdadera reformacion en la Iglesia de Dios, i para meter en pretina á la corte de Roma que andaba muy ensanchada de caderas.

Se prohibió por ley civil á los moriscos los rastros que conservaban en su modo de vivir i en sus costumbres, propios de su secta, tales como la lengua i traje berberiscos, los baños donde hacian sus juntas, las bodas que celebraban con las mismas ceremonias que sus pasados, i además otras cosas en todo semejantes à estas.

La ocasion de tales providencias fué imaginar que con ellas se encontraba el camino donde atajar facilisimamente los daños que estos reinos padecian por los moriscos, católicos en el nombre, aunque en el corazon mahometanos. Pero de semejantes males no hai que culpar á los moriscos sino á los cris-

tianos; pues estos los llevaron á la lei de Cristo, no por el convencimiento i la razon, sino por la punta de la espada. El cardenal Cisneros, tan celebrado de varon grande, i en realidad mui inferior á aquella fama que consiguió por medio de las plumas de hombres aduladores i en estremo fanáticos, fué quien con sus providencias erradisimas, hizo que los moriscos entrasen en la religion cristiana, sin permitirles la lectura de los libros sagrados, i por consecuencia vedándoles saber los fundamentos en que se sustenta la lei de Dios. Casiodoro de Reyna, intérprete de la Biblia; la cual, puesta en lengua castellana, dió á la estampa en la ciudad de Ferrara el año de 1555, dice en su prólogo estas notabilisimas palabras: «Para que pues estos moros fuesen bien instruidos en »la religion cristiana, el primer arzobispo de Granada, fraile Gerónimo, fué de parecer que la sagrada escritura se trasladase en lengua arábica. A »este tan pio intento se opuso Fr. Francisco Ximenez, »arzobispo de Toledo que era el todo en todo en toda España, alegando razones no tomadas de la palabra de Dios, ni de lo que dijeron ó hicieron los »santos doctores, sino fabricadas por juicio de hom»bre, i por consiguiente, repugnantes á la palabra »de Dios, i así se impidió la translacion que tanto »bien habria hecho á aquellos pobres é ignorantes »moriscos.»

Pero así va el mundo i todo va así. En dando los hombres en la flor de que alguno es grande, ponen en los montes de la luna sus hazañas, i cierran los ojos á la luz de la razon i á los argumentos que se les opongan para desvanecer en humo sus imaginaciones i credulidades; i por tanto, loco será todo aquel que porfiare en ir contra las corrientes del vulgo, amigo de lo que aprendió en su niñez, i bien hallado en sus opiniones por mas que estas vayan separadas de la verdad cien mil leguas de camino.

En fin, por las porfías del estúpido fanatismo, á que ayudaban con sus cárceles, tormentos i castigos los mas que bestiales jueces del tribunal llamado el *Santo Oficio de la Inquisicion*, se alzaron los moriscos en defensa de su libertad, enseñando á sus opresores que los hombres han de ser convencidos por las palabras i por los argumentos, porque para eso tienen la razon que los distingue de los brutos; i que van mui descarriados todos cuantos imaginan que mas fácil cosa es torcer la voluntad de los humanos i llevarla á donde se desea, por las duras leyes de la fuerza material que por la fuerza de la verdad que siempre acaba en arrastrar en pos de sí los entendimientos, aunque anden separados i aunque porfien en andar mui separados de ella.

Elevaron á la dignidad real á Aben-Humeya, descendiente de reyes, los moriscos rebelados, i comenzaron la campaña animosamente como hombres que peleaban por su libertad. Pero luego por maquinaciones i envidias i ambicion lo desposeyeron de la corona, dándole alevosa i aun traidora muerte, pues por Rei lo tenian, i llamando á sucederle en el cargo del supremo gobierno de aquellos pueblos miserables i malaventurados á Aben-Abó.

Pintar la desastrosa muerte de este monarca ha sido el propósito de mi amigo don Francisco Sanchez del Arco, al poner la pluma en el papel para escribir el presente drama, sirviéndose unas veces de tradiciones, en otras de noticias verdaderas, en muchas de sucesos de pura invencion, i en las mas, trastocando las fechas de algunos que acaecieron antes ó despues del trágico fin de Aben-Abó: las cuales cosas no pueden ser en descrédito i menosprecio del drama. Ofender la verdad de la historia sabido es que se permite á los poetas, siempre que esta falta, si así quiere llamarse á tal licencia, no pare en perjuicio de la obra: antes bien le sirva de

ornamento i utilidad para darle el dichoso fin á que aspira todo escritor dramático.

Por esta razon nada censurable hai en que finja á Aben-Abó encerrado en los muros de Galera, i ocupado en empresas amorosas, mientras que su mezquina corte i miserable i hambrienta hueste goza en los espectáculos i costosos regocijos con que los entretiene en una encubierta ociosidad, cuando se encuentran apretados con un porfiado cerco por el campo de D. Juan de Austria, hijo del César Cárlos V, i casi con el cordel en las gargantas. Nada censurable hai tampoco en que la muerte de Aben-Abó sea en Galera i no en las cuevas de Verchul: nada por último en que se dé por fenecida la guerra con la total destruccion de aquella villa de las Alpujarras. Licencias son estas usadas por los mas escelentes poetas de todos los tiempos i de todas las naciones: licencias son estas canonizadas por el buen gusto i por los mas i mejores preceptistas, i que han de ser aprovechadas i servir de mucho á todos los ingenios, mientras existan representaciones teatrales.

Algo ha censurado un apreciable crítico gaditano la entrada de los veinticuatro cristianos acaudillados por el famoso maestre de campo D. Lope de Figueroa en Galera, para salvar al de Austria que con sobra de osadía i encubierto con ropas moriscas se metió secretamente en la villa para disputar en el palenque la mano de Zahara, puesta en competencia entre un moro principal llamado Benaguacil i el mismo Rey Aben-Abó, que tambien entraba en la lid, aunque recatando el rostro con un antifaz, por si la fortuna lo castigaba con el mas pequeño desaire, salir del lance sin ser conocido de la morisma i sin ofender el decoro de la magestad. Es cierto que por donde metió D. Lope de Figueroa las dos docenas de leones de su invencible i famoso tercio, *cu-*

ya mosquetería hacia estremecer la tierra (1) pudo tambien guiar todo el grueso del campo del de Austria, i apretar de tal suerte á los moriscos, que lo que fué tan solo un arma ó rebato llegara á convertirse en una completa batalla. De lances mui semejantes al que finge el señor Sanchez del Arco en su drama, como acaecido en el cerco de Galera, están llenas las historias españolas del siglo XVI, de manera que por esta parte no se puede tachar de inverosimil la entrada de los cristianos arrebatadamente en la villa. Pero corregir i castigar este tan pequeño defecto, facilisima cosa hubiera sido para el autor con poner en boca de cualquier personaje del drama los moros con quienes se habian concertado D. Juan de Austria i D. Lope para tener francas de todo en todo las puertas de Galera, i cómo, sin ser vistos de los atalayas del muro, pudieron abrirse camino hasta meterse dentro de él. Sin duda el señor Sanchez del Arco no creyó de grave necesidad la clarisima esplicacion de este suceso: el cual no tiene en sí mas inverosimilitud, que no saber el espectador las causas del impensado rebato; i así, con darlas el autor en cuatro ó seis versos hubiera prevenido las censuras que ahora con mayor ó menor fundamento pueden levantarse.

Por otra parte, el argumento del drama es escelente. Todo en él hiere la atencion i el gusto de los espectadores. Los locos amores de un Rei en la hora en que sus vasallos estaban á punto de muerte si nó á los hierros i á las balas enemigas, á los rigores de la hambre que ya comenzaba á fatigarlos i oprimirlos: las bizarrías de D. Juan de Austria que deja su campo i á riesgo grandisimo de su persona emprende estrañas acciones, no por honra i acre-

(1) El Lic. Cristóbal Mosquera de Figueroa.—Comentario en breve compendio de disciplina militar en que se describe la jornada de las Islas de los Azores.—Madrid 1596.

centamiento de su nombre, sino por ver á una linda morisca á quien escondidamente amaba: los trabajos de la malaventurada Zahara que por rigor de la suerte pagaba la culpa que no tuvo en haber nacido hermosisima, i ser por tanto solicitada, festejada i servida de los mas i mejores moriscos que encerraban los muros de Galera: las traiciones i rabiosos celos i el furioso amor del taimado Benaguacil, matador ó regicida de Aben-Humeya: la prudencia i valeroso ánimo de Habaquí en poner delante de los ojos del casi ciego Aben-Abó, las infelicidades de los moriscos i la desdichada muerte á donde presurosos caminaban: las bravezas i fieros del célebre D. Lope de Figueroa, tan nombrado en las historias, i representado en el drama del señor Sanchez con la misma condicion con que es pintado en el *Alcalde de Zalamea* i en *Amar despues de la muerte,* comedias de Calderon, i en *El defensor del Peñon,* de D. Juan Bautista Diamante: todas estas cosas juntas, no pueden menos de mover el ánimo de los espectadores á escuchar con gusto i regocijo una obra tan bien ordenada i dispuesta. Por otra parte la gallardía del estilo, mui semejante al usado por el gran Calderon, i los escelentes versos halagan los oidos, i hacen recordar las obras de los mejores ingenios que en honra de España pusieron sus plumas en el papel para trasmitir á los hombres sus bizarros pensamientos i formar las representaciones teatrales que aun hoy son tan estimadas en los reinos estraños, cuando en los propios se miran con injurioso desden por el vulgo novelero. I como el asunto del drama es de moriscos, de aquí ha nacido sin duda que el autor ha escrito casi todo él en romance, para que hasta en los versos se represente con mas propiedad el tiempo en que pasa la accion. Los romances moriscos han sido justisimamente estimados.

Cada uno de ellos encierra muchisimas imágenes i pensamientos, que en sencillez i en lo tierno se atreven á competir con los que el dulce Anacreonte solia poner en aquellas odas que tan famoso lo han hecho por el mundo en todos los tiempos i lugares. Solo don Juan Nicolás Bölh de Faber, autor de las *Vindicaciones de Calderon*, i editor del tomo 1.º del *Teatro español anterior á Lope de Vega*, los miraba con tal desprecio que ni uno solo estampó en su escelentisima *Floresta de rimas antiguas castellanas*. I este desden nacia de los malos ojos con que miraba á la religion mahometana, como sucia, torpe i deshonesta. Por donde se ve cuán fácilmente los hombres de mas ingenio i erudicion caen en estravagancias i en defender por cosas verdaderas i justas pareceres fundados tan solo sobre los mas flacos cimientos. Porque ¿qué tiene que ver la religion mahometana con el mérito ó demérito de los romances moriscos?

No han faltado críticos que derramen todo el rigor de la mas grave censura sobre los romances i sobre las obras escritas en este linaje de verso: otros tambien han hablado tan vanamente del orígen de estas composiciones, atribuyéndolo á varios tiempos i naciones que aunque por un espacio me divierta del asunto principal, no quiero dejar en el olvido algunas noticias curiosas i no mui vulgares sobre el romance castellano. El mas antiguo de que hai memoria es obra del rei don Alfonso X, i de él trae algunos trozos Estéban de Garibay, en la historia que escribió de las cosas de España.

En una rarisima obrita intitulada *Cuarenta cantos de diversas i peregrinas historias, declarados i moralizados por el magnífico caballero Alonso de Fuentes, año de 1550, Sevilla en casa de Dominico de Robertis*, se leen estas palabras.

«Y porque me vó alargando en cosa que con

»mucha facilidad se podria hazer della un gran pro-
»cesso: quiero concluyr con nuestro famoso rey don
»Alfonso que con gran razon reportó el nombre de sa-
»bio: tan memorado por todas las naciones, mediante
»sus obras, á quien justamente sin agravio de nin-
»guno se le da el segundo lugar de Sabio rey des-
»pues de Salomon: el qual estando apretado por don
»Sancho su hijo: hizo un canto ó romance: que por
»ser cosa de tal calidad y que justifica mucho la cau-
»sa de nuestro autor, lo quise inferir y dezir assi—

«Yo salí de la mi tierra
»para yr á Dios servir
»y perdí lo que avia
»desde mayo hasta abril
»todo el reyno de Castiella
»hasta allá á Guadalquibir
»los obispos y perlados
»cuyde que metien paz
»entre mí y el mio hijo
»como en su decreto jaz
»ellos dexaron aquesto
»y metieron mal assaz
»non a escuso mas á bozes
»bien como el añafil faz
»fallecieronme parientes
»y amigos que yo avia
»con averes y con cuerpos
»y con su caballeria
»ayudeme Jesu Christo
»y su madre Sancta Maria
»que yo á ellos me encomiendo
»de noche y tambien de dia
»no he mas á quien lo diga
»ni á quien me querellar
»pues los amigos que avia
»no me osan ayudar

»que por miedo de don Sancho
»desamparado me han
»pues Dios no me desampare
»quando por mi á imbiar
»ya yo oy otras vezes
»de otro rey assi contar
»que con desamparo que ovo
»se metió en alta mar
»á se morir en las ondas
»o las venturas buscar
»apollonio fue aqueste
»y yo hare otro que tal»

Este género de verso fué mui usado por el rei don Alfonso, segun consta de los *Anales de Sevilla escritos* por el infatigable escudriñador de antiguallas don Diego Ortiz de Zúñiga (1), donde se leen algunas poesías hechas en dialecto gallego i en romance por aquel sabio i desafortunado monarca.

El romance comenzó por estancias de seis ú ocho versos aconsonantados, hasta que alguno lo puso en la forma con que hoi se suelen usar vulgarmente. Mas autoridades traeria en favorable sustentacion de este mi parecer, si no recelase que tamaña digresion, si mas se alarga, acabará en enfadar á los lectores. Y por tanto volviendo al drama del señor Sanchez del Arco, digo que de los tres actos en que se encierra el mejor es, á lo que entiendo, el tercero i último, i de este las escenas 5.ª, 6.ª i 8.ª Las oraciones de Aben-Abó á sus vasallos para

(1) De este autor pára en la Biblioteca de la Catedral de Sevilla una novela MS. intitulada La Aurora. Las prosas i versos que la componen están escritos en un lenguaje tenebrosisimo i babilónico, no usado luego por Zúñiga en sus Anales; porque es de saber que tal novela fué obra de sus verdes años.

concitarlos á pelear aún en defensa de la libertad i de la patria, i las de Habaquí en su oposicion, persuadiéndolos con vivas i elegantes razones á que depusiesen las armas i se acomodasen á las condiciones que les proponian los cristianos, son de lo mas bueno que se lee en tan precioso drama. La despedida que hace Aben-Abó á sus vasallos es en mi opinion tan escelente, que no puedo resistir al deseo de repetirla en este lugar de mi discurso.

ABENABÓ. Moriscos, una corona
sobradamente pesada
me disteis: os la devuelvo,
sin que la empañe una mancha.
Dios es Dios. A su mandato
la frente al polvo se abata,
obedeciendo sumisos
su voluntad soberana.
No es Dios? no es sabio? no es justo?
Su gloria el mundo no abarca?
Pues hará lo que conviene
á su escelsitud sagrada.
No es así?... Pero al hablaros
por última vez ¡ay! tantas,
tantas son, moriscos mios,
mis pesadumbres amargas,
que la voz de despedida
se me anuda en la garganta.
Y no es porque mi reinado
lo pasé en molicie blanda,
pues fué el casco mi corona,
mi cetro la fuerte lanza,
la del caballo mi silla,
mi dosel la dura adarga,
y mi dorado palacio
esta cueva solitaria.

. . . .

Pero, en fin, Dios lo ha querido.
Adios, amigos: mil lágrimas....
que tambien los Reyes lloran
cuando el dolor los embarga....
me cuesta este adios: el último
que os dará vuestro Monarca.

UN MORISCO. Viva Abenabó, que es Rey!
TODOS. Viva!
ABENABÓ. Todavía!! *(Amargamente.)*

¡Admirable esclamacion que compite con algunas escelentisimas que se encuentran en las obras de los mejores trágicos, así antiguos como modernos!

Es indudable, que ladeándose con tales bellezas hai en el drama algunos defectos que remito al silencio, porque donde lo mas es bueno ¿quién puede parar los ojos en lo poco malo? Pedir que una obra sea en todo perfecta, es pretender que su autor no sea hombre; i ya por nuestra mala ventura los dioses se retiraron al Olimpo fastidiados, i con razon, de las locuras i desvaríos de los mortales. Allá se las hayan ellos, que por acá bastante mal nos las habemos con nosotros mismos, que somos nuestros mayores i mas crueles i mas obstinados enemigos.

I no imagine el lector que en callar los defectos del drama soi guiado por la estrechisima amistad que tengo para mucha honra mia con el señor Sanchez del Arco. Hai en este lance otra causa que es lo siguiente.

Cierto poetilla vergonzante que floreció en España allá por los años de 1651, dió á la estampa para pasar plaza de hombre de agudo ingenio varias poesías de estilo culto, sibilítico i profético, i entre ellas metió algunas de Góngora que por lo verdes andaban desterradas de las impresas, i corrian manuscritas entre los hombres de buen gusto i mejor

humor. Pero no se crea que D. Francisco de Trillo i Figueroa, nombre que para servir á vuestras mercedes tenia el susodicho vergonzante poetilla, declaró que tales obras eran de ajeno autor. Nada de eso. Las tenebrosas suyas i las regocijadas de Góngora salieron á la luz pública como elegantes frutos de su admirable ingenio. La obra fué á dar en manos de un clerigote de no rasgada conciencia, i hombre, aunque de castos oidos, de poquisima malicia. I asi escandalizado con la lectura de los verdecillos pensamientos del mui bellaco Góngora, no bien topaba con alguno de ellos ponia al márgen con letras mui gordas NON LEGENDUM. El ejemplar de las obras de Trillo que tuvo este buen clérigo, vino á mis manos un dia que entre otros de mi vida andaba yo en escursiones literarias, papeleando vejeces, por ciertas tiendas, que con perdon ó sin él, se llaman vulgarmente baratillos. Confieso que me hizo reir grandemente la castidad i precaucion del santo clérigo; i que en el libro no busqué entonces mas que aquellos versos en cuyo márgen se leian las graves i campanudas palabras NON LEGENDUM: NON LEGENDUM.

Un tal Fr. Miguel de Salinas del órden de San Gerónimo, escribió i publicó en Alcalá de Henares el año de 1563 una obra intitulada *Libro apologético que defiende la buena i docta pronunciacion que guardaron los antiguos*. Hablando en ella de la voz *paráclitus* i demostrando con graves razones que se debia decir *paraclíto* en lengua castellana, afirma que esta voz no es breve *segun que la pronuncian los sacerdotes, á los cuales es propio regoldar falsedades.* Otro fraile de gruesos, frescos i colorados carrillos, los cuales bien claramente pregonaban que su dueño estaba mas harto de lonjas de tocino que de ayunos, vigilias i abstinencias, i lleno mas que del dulce cristal de las fuentes, de ciertos pocos de lo añe-

jo que con solo gustarlos suelen dar nueva sed al deseo de sus aficionados, ofendido con las palabras de Salinas, encolerizóse sobre manera, i así al lado de aquellas que decian que *á los sacerdotes era propio regoldar falsedades*, puso con gran enojo i soberbia las siguientes: ¡NECEDAD DEL AUTOR! Con las cuales imaginó dar el castigo á tan desvergonzado atrevimiento.

Presuncion seria i grande, si en una obra, como el presente drama, que segun mi saber i entender es tan escelente, tachase de defectos aquellas cosas que en él hai no conformes á mi gusto. Me convertiria en el clérigo del *non legendum*, ó en el fraile de *¡necedad del autor!*

A mas que siendo yo dado á escribir i á publicar mis escritos, si juzgo con tan inexorable severidad los ajenos, ¿quién tendrá compasion de los mios? Ni quiero tampoco que me pongan delante de los ojos aquel dístico célebre de Cornelio Gallo que dice:

Laudat præteritos, præsentes despicit annos.
Hoc tantum rectum, quod facit ipse putat.

que, puesto en metro castellano, suena así:

El tiempo alabas pasado
i á mi parecer será;
porque en tu concepto está
el presente despreciado.
Pero con tal presuncion,
que tus obras solamente,
son en el siglo presente
dignas de tu aprobacion.

Adolfo de Castro.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] que dice:

[illegible]

[illegible]

[illegible]

NOTAS

que corresponden á los números puestos entre paréntesis en el cuerpo del drama.

---

(1) Lope de Abenabó, á quien los moros llamaban Audalla. (*Antonio de Herrera, 1.ª parte de la Historia general del mundo.*)—Abdalla Abenaboo, tintorero y de los inventores del levantamiento. *(D. Luis Cabrera de Córdoba, Historia de Felipe II.)* —Entre los amigos de quien mas fiaba (D. Fernando de Válor), era uno Abdalá Abenabó de Mesina de Bomboron, primo suyo, y tambien de la sangre de Aben-Humeya, alcaide de alcaides, tenido por cuerdo y animoso, de buena palabra, comunmente respetado, usado al campo, y entretenido mas en criar ganados que en el vicio del lugar. *(D. Diego Hurtado de Mendoza, Guerra de Granada.)*—Los moros mataron á Aben-Humeya, y nombraron en su lugar á Diego Lopez Aben-Aboo... De allí adelante se intituló el hereje Muley Abdala Aben-Aboo, Rey de los Andaluces. (*D. Luis del Mármol y Carvajal, Historia del rebelion y castigo de los moriscos.*)

(2) Mozo despierto, deseoso de emplear y acreditar su persona, á quien despertaba la gloria de su padre y la virtud del hermano. (*Mendoza.*)—Martes siguiente, siete dias contados del mes de Febrero (1570), dia señalado de carnestolendas, á la hora señalada y dicha, el señor don Juan se armó de unas ricas y lucidas armas blancas, peto y espaldas listadas de siete listas de oro con riquisimas grabaduras y trofeos. El fuerte y hermoso morrion por lo semejante, con un hermoso y rico penacho, cuyo asiento era en una rica medalla de la imágen

de Nuestra Señora de la Concepcion, y con un baston de general supremo en la mano, hizo muestra de su persona á la puerta de su tienda. (*D. Tomas Perez Exia, en las Guerras civiles de Granada por Gines Perez de Hita.*)

(3) Mujer igualmente hermosa de linaje, buena gracia, buena razon en cualquier propósito, ataviada con mas elegancia que honestidad: diestra en tocar un laud, cantar, bailar á su manera y á la nuestra, amiga de recoger voluntades. (M*endoza.*) —Abenaguacil le pidió merced que le diese á su prima Zahara, porque se queria casar con ella. Desta demanda de Abenaguacil tuvo noticia el capitan de los turcos Hucen y asimismo la pidió al Rey diciendo que él la merecia y no Abenaguacil. Abenabó se halló en este caso confuso no sabiendo determinar á quien darla, y así acordó de ponerlo en las manos de la bella mora, la cual fué traida delante de Abenabó y de los dos pretensores; y siendo preguntada á cual de los dos queria por marido, respondió que no queria ni tenia voluntad de casarse por entonces. Abenaguacil y Hucen se desafiaron y salieron una tarde al ponerse el sol del Real y á cosa de una milla se pelearon con alfanges y albornoces. Murió Abenaguacil, que espirante dijo á Hucen que moria no por él sino que en la pelea se le habia aparecido Aben-Humeya, con la cuerda al pescuezo, acobardándolo. (P*erez de Hita.*)

(4) Y la retaguardia don Lope de Figueroa con su tercio.—Echando dos ó tres de por vida, dijo etc. (P*erez de Hita.*)

—Aqueste que agora llega
el tercio viejo de Flandes
es, que ha bajado á esta empresa,
desde el Mosa hasta el Genil,
trocando perlas á perlas.
—Quién viene con él?
—Un monstruo
de valor y de nobleza,
don Lope de Figueroa.
—Notables cosas nos cuentan
de su gran resolucion

y de su poca paciencia....
—Yo deseo conocerle.
(*Sale don Lope de Figueroa.*)
—Voto á Dios! que no me lleva
en aqueso de ventaja
un átomo vuestra Alteza....
—Traes buena gente?

D. LOPE. Y tan buena
que si fuera el Alpujarra
el infierno y estuviera
Mahoma por alcaide suyo
entráran, señor, en ella.
(*Calderon, Amar despues de la muerte.*)

Don Lope de Figueroa fué herido de un escopetazo en un muslo; y matáranle, si los escuderos de Ecija no le retiraran. (*Mármol.*)

(5) Benaguacil, buen soldado, gallardo y valeroso. (*Perez de Hita.*)

(6) Era el Habaquí astuto, pero muy confiado de sí mesmo; y viéndose tan favorecido de don Juan de Austria, que cierto le hacia mucha merced, entendia que nadie seria parte para ofenderle.—El cafetan de grana que llevaba vestido y el turbante blanco de la cabeza. (*Mármol.*)

(7) Se alzó Galera una legua de Güescar en tierra de Baza; lugar fuerte para ofender y desasosegar la comarca en el paso de Cartagena al reino de Granada y no lejos del de Valencia. (*Mendoza.*) —La villa de Galera era de don Enrique Enriquez, vecino de Baza.—Esta villa era muy fuerte de sitio: estaba puesta sobre un cerro prolongado á manera de una galera, y en lo mas alto de él entre levante y mediodia tenia los edificios de un castillo antiguo cercado de torronteras muy altas de peñas, que suplian la falta de los caidos muros. La entrada era por la mesma villa: la cual ocupando toda la cumbre y las laderas del cerro, se iba siempre bajando entre norte y poniente hasta llegar á un pequeño llano, donde á la parte de fuera estaba la iglesia con una torre nueva muy alta, que señoreaba el llano, y un rio que bajando de la villa de Orce se junta con

el de Güescar, y viene á romper las aguas en la punta baja de Galera; y desviándose luego cerca el llano donde estaba la iglesia, y poco á poco corre hácia la villa de Castilleja.—Y porque dentro no habia pozos ni fuentes, habian hecho una mina, que iba cubierta desde las casas bajas hasta el rio, donde salian á todas horas á tomar agua, sin que se les pudiese ofender. *(Mármol.)*

(8) Muerto Abenhut que tenia á Almería por cabeza del reino, tomaron por rey en Granada á Mahamet Alhamar, que quiere decir Bermejo. Cuando el santo rey don Fernando el III vino sobre Sevilla hallóse con mucha caballería este Mahamet á servir en aquella empresa, por haberle ayudado el rey don Fernando á tomar el reino: parecióle autoridad el uso de guion, agradecimiento y honra poner en él la color y banda que traen los reyes de Castilla. Armóle caballero el rey el dia que entró en Sevilla; dióle el estandarte por armas para él y los que fuesen reyes en Granada: la banda de oro en campo rojo con dos cabezas de sierpes á los cabos; segun la traen en su guion los reyes de Castilla: añadió él las letras azules que dicen: *no hay otro vencedor sino Dios*: por timbre tomó dos leones coronados que sobre las cabezas sostienen el escudo; traen el timbre debajo de las armas, como nosotros encima; porque así escriben y muestran los sitios, y asientan las partes del cielo y la tierra, al contrario de nosotros. Mas las armas antiguas de los reyes de la Andalucía eran una llave azul en campo de plata; fundándose en ciertas palabras del Alcorán, y dando á entender que con la destreza y el hierro abrieron por Gibraltar la puerta á la conquista de poniente; y de aquí llaman á Gibraltar por otro nombre, el monte de la llave. Hoy duran sobre la principal puerta de la Alhambra estas armas con letras que declaran la causa y el autor del castillo. *(Mendoza.)*—Y puso Abenabó en su bandera unas letras que decian: *«No pude desear mas, ni contentarme con menos.»* *(Mármol.)*

(9) Todas las cosas que hallaron en casa del reyecillo se repartieron entre Abenabó y los dos ca-

pitanes turcos. Abenaguácil no procuró otra cosa sino de su amada prima Zahara, la cual procuró con toda instancia. (*Perez de Hita.*)

(10) He nombrado á Carime, por haberlo presentado en su drama, *Aben-Humeya*, el señor don Francisco Martinez de la Rosa; y enlazar en algun tanto mi obra con la suya.

(11) Juan Rufo, jurado de la ciudad de Córdoba, en su poema *la Austriada*, pone en boca de Benaguacil, describiendo á Zahara, esta octava.

Como el Lucero escede á las estrellas,
Cuando alegra anunciando la mañana,
Y como se aventaja del y dellas
La casta y hermosisima Diana,
Como el lucido Apolo en partes bellas
Lleva la palma á su querida hermana,
Así tambien la lleva mi señora
A cuantas en la tierra están ahora.

(12) Glosa de los sentidos versos que en la primera parte de las *Guerras civiles de Granada*, dice Zaide á su adorada Zaida, y son estos:

Lágrimas que no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las volveré á la mar
pues que de la mar salieron.
Hicieron en duras peñas
mis lágrimas sentimiento
tanto, que de su tormento
dieron unas y otras señas.
Y pues ellas no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las volveré á la mar
pues que de la mar salieron.

(13) Fué recibido don Juan (en Granada) con grandes demostraciones y confianza, sin dejar ninguna manera de ceremonia, excepto las ordinarias que se suelen hacer á los reyes; y aun la lisonja (que su verdad está en las palabras) se extendió á llamarle Alteza, no embargante que hubiese órden expresa del rey, para que sus ministros y conseje-

ros le llamasen Excelencia; y él no consintiese llamar de sus criados otro título. (*Mendoza.*)

(14) He querido aludir á la respuesta que el anciano marqués de los Velez dió al jóven don Juan cuando este le decia que siguiese la campaña:— «Irme quiero á mi casa, pues no conviene á mi edad anciana haber de ser cabo de escuadra.» (*Mendoza.*)

(15) «Yo hundiré (dijo don Juan de Austria) á Galera, y la asolaré, y sembraré de sal; y por el rigoroso filo de la espada pasarán chicos y grandes, cuantos esten dentro, por castigo de su pertinacia, y en venganza de la sangre que han derramado.» (*Marmol.*)—Se minó Galèra por dos ocasiones, en la primera con una mina, y en la segunda que fué el dia de su toma dos minas. (*Perez de Hita.*)

(16) Esta oracion es la misma que Mendoza atribuye á Gonzalo el Xeniz, en las cuevas de Verchul, y es así:

«Abdala Abenabó, lo que te quiero decir es, que mires estas cuevas, que están llenas de gente desventurada, así de enfermos como de viudas y huérfanos; y ser las cosas llegadas á tales términos, que si todos no se daban á merced del Rey, serian muertos, y destruidos; y haciéndolo quedarian libres de tan gran miseria.»

(17) Hablando un soldado en el acto 1.º de la comedia de Calderon, *El Alcalde de Zalamea*, dice:

Tampoco será el primero
que haya la vida costado
á un miserable soldado,
y mas hoy, si considero
que es el cabo desta gente
don Lope de Figueroa,
que si tiene fama y loa,
de animoso y de valiente,
la tiene tambien de ser,
el hombre mas desalmado,
jurador y renegado
del mundo, y que sabe hacer
justicia del mas amigo,
sin fulminar el proceso.

(18) Este Tuzaní, pues, esta tal noche, y otros tres soldados acertaron á ser de postas perdidos, no muy lejos de las murallas de la tierra, llevando por nombre Santa María, dado por su sargento, como es costumbre en la guerra. (*Perez de Hita.*)

(19) Y á los pies estaba el arco y aljaba de Cupido, como por despojo de rendido. (*Idem.*)

(20) Góngora en su romance morisco, que empieza «Criábase el Albanés», termina así:

Bien conoció su valor
amor, pues para enlazalle....
un lazo vió que era poco
y quiso con dos vendalle.

(21) Habiendo el capitan Habaquí dado cuenta á Abenabó de lo que habeis oido, quedando de concierto que Abenabó y él, acompañados de algunos capitanes, habian de ir á besar las manos al señor don Juan, el Habaquí se fué á su posada, á donde fué visitado de sus amigos, á quienes el Habaquí aconsejó que por todo lo del mundo no dejasen de buscar y seguir la paz. Luego aquella noche entraron á hablar á Abenabó aquellos dos moros, que fueron con el Habaquí, los cuales llenos de envidia le dijeron:—«Mira rey Audalla lo que haces, y de »quien te fias: tú enviaste al Habaquí á procurar el »bien de todos y tu salvacion, y él mas ha procura»do por su persona que por la tuya, y por la de to»dos, prometiendo, como si él fuera Rey, que haria »que todo el reino de Granada se redujese, á pesar »tuyo y de todo el mundo, *y por ello le dió don Juan »aquella rica cadena de oro, y aquella espada que va»le una ciudad, y él prometió llevarte delante de su »presencia preso. Abre, oh Rey, los ojos: mira por tí: »porque si vas no has de volver,* ni has de ver las de»seadas paces acabadas; y advierte que porque te »lleve delante de su presencia *le prometió que le haria »caballero del hábito de Santiago.* (*Perez de Hita.*)

(22) Cuando Abenabó oyó las palabras del Xeniz (las de la nota 16), dió un grito que pareció

se le habia arrancado el alma, y echando fuego por los ojos le dijo:—«¡Cómo Xeniz! ¿para esto me lla»mabas? *¿Tal traicion me tenias guardada en tu pecho?* »*No me hables mas ni te vea yo.*» Y diciendo esto, se fué para la boca de la cueva: mas un moro que se decia Cubayas le asió los brazos por detrás, y uno de los sobrinos del Xeniz le dió con el mocho de la escopeta en la cabeza, y le aturdió; y el Xeniz le dió con una losa y le acabó de matar. (*Mendoza.*)



